

La Primera Epístola De Juan

EGE Ministries
El Glorioso Evangelio

4535 Wadsworth Blvd.
Wheat Ridge, CO 80033
egepub@juno.com
www.elgloriosoevangelio.org



por
Virgilio H. Crook

El nos da la vida eterna, y él mismo es la vida eterna. Sabemos que el Hijo de Dios ha venido para redimirnos y nos ha dado entendimiento. Tenemos que ser conscientes de lo que estamos haciendo cuando aceptamos al Señor Jesucristo y cuando le seguimos, lo hacemos así conscientemente. Nos da entendimiento para conocer al que es verdadero. Si el diablo es mentiroso y la mentira, el Señor Jesucristo es la verdad y estamos en la verdad. Este es el verdadero Dios. Hay otros dioses que son de este siglo. Juan termina su carta con esta exhortación:

“Hijos, guardaos de los ídolos.” (5.21)

Aquí se incluyen muchas cosas. No solamente una figura, sino cualquier cosa que tome el lugar de Dios es un ídolo: una persona, una posesión, etc. Nuestra parte es de guardarnos de estas cosas, de estar alerta siempre, para no caer en la idolatría. La idolatría tiene muchas fases. En Ezequiel aprendemos que había muchos que no tenían ídolos visibles, pero sí, los tenían en sus corazones. Nosotros nos felicitamos tanto por no tener figuras como los católicos, pero hay otras formas de idolatría. Qué ninguna cosa o persona llegue a ser nuestro ídolo. En esto también debemos cuidarnos, pues hay muchas cosas que podemos presentar como ídolos. Algunos no vienen al culto porque su programa favorito en la televisión pasa justo a esa hora, entonces la televisión llega a ser su ídolo. Debemos cuidarnos de toda clase de ídolo para poder adorar al Dios vivo y verdadero.

Todo lo que es contra la perfecta voluntad de Dios es pecado, pero no todo pecado es de muerte.

“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios, le guarda, y el maligno no le toca.” (5.18)

En este versículo la *Versión Antigua* es mucho más oscura, porque dice: “se guarda a sí mismo.” Parece que la persona misma tiene que guardarse y la seguridad depende de uno mismo, pero no es así. Aquel engendrado, que es Cristo mismo, él mismo nos guarda. ¡En ninguna manera nos guardamos a nosotros mismos! Si ni lo por venir, ni lo creado pueden separarnos del amor de Dios, ¿cómo podemos nosotros hacerlo? No hay nada que pueda separarnos del amor de Dios, porque aquel que fue engendrado por Dios (Cristo mismo) nos guarda. Dios no nos da la salvación para que nosotros la guardemos. ¿Qué clase de Dios tendríamos si él nos diera la salvación para que nosotros la guardemos? ¿Cómo va a poner en nuestras manos la salvación, que es una cosa tan grande? Es lo mismo que poner en la mano de una criatura un diamante para que lo guarde. Dios mismo guarda lo que tanto le costó. Nuestro Dios es sabio y no hará tal cosa.

“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios no practica el pecado...y el maligno no le toca.” El maligno, hablando del diablo, puede tocar nuestro cuerpo, nuestra carne, pero en ninguna manera la vida nueva: ni la puede manchar con sus manos sucias. Procura hacerlo, tal vez, pero al nuevo hombre no puede ni acercarse.

“Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.” (5.19)

El maligno es el diablo. El mundo entero está bajo su control, pues él es el príncipe del aire, el dios de este siglo. Nosotros somos de Dios y el maligno no nos toca. Por eso, no tenemos temor del diablo, aunque le respetamos como nuestro enemigo, pero él está vencido. Nosotros no somos del mundo y por eso, no estamos bajo su control, sino somos de Dios.

“Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer lo que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna,” (5.20)

Lecciones Sobre Primera de Juan



por Virgilio Crook



Introducción

El apóstol Pablo es el apóstol a los gentiles, y él escribe a la Iglesia con la excepción de la carta a los Hebreos. Los otros apóstoles, Pedro, Santiago y Judas escriben a los judíos. El apóstol Juan no escribe ni a la Iglesia, ni tampoco a los judíos, sino a la familia de Dios. El ve a los creyentes como una familia, de la cual Dios es su Padre. El apóstol usa la palabra Padre, hablando de Dios, como trece veces en su Epístola. Supuestamente Juan fue el discípulo más joven de entre los doce. Él escribe su primera Epístola, más o menos, 35 años después de la muerte de Pablo. Tampoco tenemos aquí temas de grandes doctrinas de la Palabra, porque ésta fue la tarea del apóstol Pablo; pues, sacamos la doctrina solamente de sus epístolas. Lo principal aquí es la COMUNIÓN con Dios el Padre y con Su Hijo, quien es Luz, Amor y Vida. También la comunión entre hermanos como en una familia está recalçada. Es una carta muy práctica. Constantemente Juan compara lo que decimos con lo que practicamos. Si decimos tal y tal cosa y hacemos otra cosa, somos mentirosos según el apóstol Juan.

La palabra sobresaliente es 'amor.' Juan habla mucho del amor, pues él usa la palabra como 46 veces. Otras palabras sobresalientes son: 'conocer' y 'saber', pues él las usa 37 veces. Juan es muy único en sus escritos. Él es el único escritor que usa la palabra 'verbo;' ni Pablo, ni Pedro, ni Mateo la usan. Juan la usa cuatro veces en su Evangelio, dos veces en su Epístola y una vez en Apocalipsis. Es el único que usa la palabra anticristo, usándola cinco veces. Los otros escritores hablan del anticristo, pero no usan el nombre 'anticristo.' Juan habla bastante de él. La palabra 'anticristo' habla de uno que asume la apariencia de Cristo, pero se opone al verdadero Cristo. El apóstol Pablo escribe acerca del anticristo en 2^a *Tesalonicenses 2,3, 4*. Lo llama, “hijo de perdición,” hablando del

mismo anticristo, el cual “*se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios.*”

Es una carta de contraste. Juan contrasta:

La luz con las tinieblas

La vida con la muerte

El amor con el odio

La verdad con la mentira

La justicia con la injusticia

El Espíritu con la carne

La seguridad con la inseguridad

La confianza con el temor

Al Hijo de Dios con el hijo del diablo

Según la tradición, él escribió esta Epístola desde Éfeso. El apóstol Juan es el único que murió de la vejez; todos los demás discípulos fueron mártires. Según la tradición, procuraron matar a Juan, echándole en una olla grande de aceite hirviendo, pero el Señor le guardó y no le pasó nada. Si Dios protegió a Daniel en el foso de los leones, no le sería nada proteger a Juan en aquella situación. Juan es el discípulo 'amado', y él es muy apropiado para escribir como padre, porque tenía corazón de padre.

En el **capítulo 5.13** vemos el propósito por el cual Juan escribió su Epístola. Comparando su Epístola con su Evangelio, vemos dos propósitos distintos entre los dos escritos. El propósito de escribir el Evangelio de Juan era de manifestar la vida eterna en el Hijo de Dios. Su tema es: que por medio de él, encontráramos la salvación. Nos muestra como alcanzar la vida eterna que está en Cristo Jesús. En su evangelio nos muestra la salvación de Dios; en cualquier parte de ello se encuentra un mensaje de salvación.

La primera Epístola de Juan tiene otro propósito: nos muestra que esa vida ahora se manifiesta en los hijos de Dios; en la familia de Dios; y nos muestra como estar seguros de esa vida. Es una cosa poseer la vida, y otra de estar seguro de esa posesión. Justamente para eso escribió la Epístola, para asegurar a los creyentes tocante a la vida que ya poseen. **1ª Juan 5.13** dice: “*para que sepáis.*” El gozo completo es en saber que tenemos la vida eterna. La palabra 'saber' aquí habla de poseer el conocimiento. Saber con conocimiento fijo, establecido y absoluto, sin referencia a la experiencia. No tiene nada que ver con nuestra experiencia. Es con un conocimiento fijo, pleno, establecido, y absoluto. Dice: “*para que sepáis.*” Otras versiones dicen: “*para que tengáis el constante conocimiento sin fluctuar;*” “*para que sepáis con certeza;*” “*para que estén bien seguros que ahora y aquí, tienen la vida eterna;*” y “*para asegurarles que ya tienen vida*

Aquí vemos la oración de intercesión: hay muchas clases de oración. Si consideramos las peticiones, la mayoría son para nuestras necesidades, pero aquí habla de intercesión, de como podemos orar por otro hermano.

Aquí vemos la actitud del creyente crecido. “*Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte.*” La reacción común y corriente es contar a todo el mundo, pero el vencedor, el creyente maduro, lleva esto en oración y cuenta sólo a su Padre lo que vio. Debemos orar por muchos hermanos que se han desviado del camino recto, para que el Señor los libre de sus pecados. Pero en esto tenemos que ser guiados por el Espíritu Santo para que no oremos en vano, porque hay casos cuando, “*...es para los que cometen pecado que no sea de muerte.*”

“*Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida.*”

No podemos decir que hay un pecado de muerte: un cierto pecado. No es este el sentido aquí, solamente que hay casos en donde el pecado le lleva a la muerte física y podemos decir que es la obstinación en alguna forma. Uno que es espiritual se va a dar cuenta.

El Espíritu Santo nos ayuda en esto, porque a veces sabemos el caso de un hermano, y queremos orar por él, pero el Espíritu Santo no nos da el deseo de orar porque es un pecado de muerte y por más que oremos, no va a pasar nada. Como en el caso de los hijos de Elí, si Samuel hubiese orado por ellos, hubiese sido en vano. Tenemos que tener la dirección del Espíritu Santo siempre para saber como debemos orar. No podemos poner una regla fija, sino que es cuestión de ser guiados por el Espíritu Santo. Si hay caso todavía, el Espíritu Santo nos hará sentir el deseo; es decir, si hay alguna esperanza, pero si no es por el Espíritu Santo, ¿para qué vamos a orar? No somos mayores que Dios, si él ha determinado una cosa, ¿qué podemos hacer? Estamos sujetos a él. Pero estos son casos raros, no comunes.

Ciertamente no queremos orar por orar no más, sino para que nuestra oración sea eficaz. Qué el tiempo que pasamos en oración sea tiempo con resultados, recordando siempre que no podemos forzar a Dios. Hay creyentes que mueren antes de su tiempo y ésta es una misericordia de Dios. Si van a seguir en su obstinación, es mejor que Dios les corte la vida. Si Dios les deja vivir, no sabemos que harían más adelante. Dios lo sabe y debemos pedir su dirección para poder orar en su perfecta voluntad.

“*Toda injusticia es pecado, pero hay pecado no de muerte.*” (5.17)

estudiamos la Palabra con la actitud debida, la misma Palabra produce la voluntad de orar, el querer, o deseo de orar. Al estudiar la Palabra sin orar, tenemos otra vez una vida seca. La oración es basada en la Palabra y las dos cosas van juntas.

“Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.” (5.15)

Es interesante la manera aquí de presentarse. No es asunto de orar solamente por hacerlo, sino conforme a la voluntad de Dios. Si tenemos la seguridad de orar conforme a la voluntad de Dios, sabemos que también él nos oye y tenemos esta confianza de que si él oye la oración, va a contestarla. Nuestra oración debe ser de confianza. Muchas veces el creyente, cuando ora, demasiado demuestra la duda: 'si quieres hacer así,' 'tal vez,' 'ojalá', etc.. Por supuesto, hay cosas que si no sabemos y no son confirmadas, decimos: “Si es su voluntad.” Si oramos con poder, y con inteligencia, que es su perfecta voluntad, entonces tenemos la seguridad que él nos contestará.

A veces pedimos cosas raras (fuera de la voluntad de Dios), pero Dios quiere tener parte en toda nuestra vida. Por eso, dice; *“cualquier cosa que pidamos.”* Pero lo que guía la oración es el hecho de que él sea glorificado. Esto es lo que a nuestro Padre le agrada; nuestra dependencia de él. Oramos porque necesitamos su ayuda, y presentamos nuestra petición, porque no podemos hacerla y esto agrada al Señor. La actitud de voluntad propia e independencia no le agradan a nuestro Padre Celestial. Pero en el momento en que el creyente siente su necesidad, allí se echa al suelo en total dependencia y esto agrada a nuestro Padre Celestial.

“...sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.” No en el momento, pues puede pasar mucho tiempo desde el momento en que él nos oye, hasta cuando él nos conteste. Pero no importa cuanto tiempo pasa, porque la fe actúa durante este tiempo porque sabemos que él oyó y nos contestó. Como en el caso de Daniel, él ya le contestó, pero el enemigo se opuso para que pensara que no le contestó todavía. *(Daniel 10.12 y 13)*

“Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida.” (5.16)

eterna.” Por eso, su Epístola está llena de pruebas de como podemos saber que realmente poseemos la vida eterna, ahora mismo.

El Evangelio de Juan fue escrito para engendrar la fe.

La 1ª Epístola de Juan fue escrita para confirmar y establecer esa fe.

El Evangelio de Juan fue escrito para que alcancemos la bendición de la vida eterna.

La 1ª Epístola de Juan fue escrita para que alcancemos el gozo completo, o cumplido; para que aumente el gozo que ya tenemos.

No es una cosa que debemos pasar por alto. Tenemos que saber si tenemos la vida eterna o no, ahora mismo, en este momento, porque de esta verdad depende nuestro gozo. Por eso, el enemigo lucha tanto contra la doctrina de la seguridad del creyente. Con toda su fuerza, él lucha contra esta verdad.

~ Capítulo Uno ~

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida” 1ª Juan 1.1

Solamente Juan llama a Jesús: 'Verbo.' Juan también habla de varios principios en su Epístola. Aquí dice: *“Lo que era desde el principio.”*

En la Biblia hay tres comienzos distintos:

- 1) **Génesis 1.1** El principio de la creación.
- 2) **Juan 1.1** El eterno principio en la eternidad pasada, antes de la creación. Es antes de **Génesis 1.1**, por eso, es el eterno principio.
- 3) **1ª Juan 1.1** El principio del Evangelio, la edad de la gracia.

Esta frase, el principio, se usa varias veces más adelante en su Epístola. El Evangelio, por lo menos, en cuanto a nuestra experiencia, tuvo un principio. Jesús vino predicando solamente las “Buenas Nuevas.” No vino predicando la ley, sino las 'Buenas Nuevas' de la Gracia de Dios. Más adelante Juan nos da advertencia de quedar con “lo que es desde el principio.” Es una advertencia referente a una nueva doctrina, o una nueva revelación. Lo que Cristo Jesús principió, y los apóstoles siguieron, es la única doctrina segura. Juan pone mucho énfasis en la existencia de Jesús como una persona, como un verdadero ser humano; o sea, recalca su humanidad.

Juan dice: *“...lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos.”* Solamente se puede decir esto de un objeto sólido: de

un ser humano. Vemos aquí un progreso de experiencia en cuanto a nuestra relación con Cristo. Juan dice: 1) “*lo que hemos oído,*” 2) “*lo que hemos visto con nuestros ojos,*” 3) “*lo que hemos contemplado,*” y 4) “*y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida.*”

OÍR: Uno puede oír sin ver. Ejemplo: una grabación donde uno puede escuchar la voz de una persona sin verla. Puede ser una persona completamente desconocida.

VER: Aquí habla de ver ligeramente, sin contemplar a la persona. ¿Cuántas veces así nosotros vemos a una persona? Le hemos visto, pero sólo de paso. No es conocida la persona, solamente por su cara la conocemos.

CONTEMPLAR: Nos habla de mirar atentamente, de notar los detalles, pero sin tocar. Es un conocimiento mayor, mejor, y más íntimo. Habla de fijar la vista en la persona y así reconocerla en otra oportunidad. En esa forma la persona es realmente conocida.

PALPAR: Habla de una relación más íntima aún. No sólo oye, ve, y contempla a la persona, sino la toca. Habla de apropiarse.

Estos pasos nos hablan de nuestra experiencia en cuanto a conocer a Jesús.

1) **OÍR:** La fe es engendrada en nuestro corazón por el oír.

2) **VER:** Comenzamos a ver a Jesús ligeramente por la Palabra.

3) **CONTEMPLAR:** Comenzamos a contemplar a Jesús; prestamos atención, y nos fijamos en los detalles tocante a él.

4) **PALPAR:** Por fin llegamos a tocar, palpar o simplemente apropiarnos de Jesús y todo lo que él nos compró.

Todo es tocante al “*Verbo de Vida.*” Cristo es vida. El imparte la vida. Cristo mismo es la expresión visible del Dios invisible, y esto es lo que la palabra “*Verbo*” expresa. Juan quiso confirmar el misterio de la piedad (**1ª Timoteo 3.16**) “*Dios manifestado en carne.*” Por eso, al escribir su Epístola, Juan está hablando de estas cosas.

“Porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testimoniamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó.” (1.2)

Dios es invisible, pues nadie lo vio jamás. Los discípulos vieron la vida al ver a Jesús. Se puede cambiar las palabras: “*vida eterna,*” por “*Jesús,*” y no cambiaría en nada el texto porque él es la vida eterna. Recalcamos que la vida eterna es una persona: Jesús.

doctrina, pero Dios ya dio su testimonio aquí en el principio de esta época. El único propósito era para asegurar a los que ya tienen vida eterna.

¿Cuántas veces el enemigo viene para tentarnos, ya sea por un fracaso o por otro motivo, de que hemos perdido la salvación? ¡Pero esta vida no podemos perder! Van a haber muchos creyentes sorprendidos en el cielo que creyeron que perdieron su salvación. Pero si una vez aceptaron a Cristo como su Salvador, van a estar en cielo. Tal vez sin corona, ni herencia, pero salvos, porque depende del Hijo de Dios, no de ellos, ni nosotros.

El gozo y nuestra comprensión de lo que es realmente la vida eterna, sí, depende de nosotros. Es triste tener la vida eterna y no gozarse de ella. Esta es una parte de nuestra herencia presente. El gozo se relaciona con este conocimiento de que somos eternamente salvados, y sin este conocimiento nunca vamos a tener el gozo completo. Habla de creer en el nombre del Hijo de Dios en su plenitud no habla de aceptar para recibir la vida eterna solamente. Hay un solo nombre en el cual podemos ser salvos, y por medio de este nombre vamos entrando en las profundidades de las cosas de Dios.

“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye.” (5.14)

Grande es nuestro privilegio. La oración es una parte de nuestra herencia presente. El privilegio de orar es nuestra herencia de la cual nos gozamos ahora. ¿Qué haríamos si no fuese por la oración? ¿Qué tal si Dios nos diese la salvación por medio de su Hijo, y luego no hubiese manera de comunicarnos con él? La oración es realmente un privilegio dado por Dios. Debemos buscar su rostro siempre y pedir conforme a su voluntad. La oración es una parte muy necesaria de la vida, pero también, para orar sabiamente tenemos que saber cuál es su voluntad, y esto está expresada en la Palabra. Vemos la importancia de esto, pues necesitamos orar siempre. Pero no podemos hacerlo con inteligencia sin la Palabra, pues la oración sola nos lleva al fanatismo. Si no estamos basados en la Palabra, vamos a orar por cualquier cosa.

“Y esta es la confianza que tenemos en él,” pero esta confianza es por medio de conocer lo que dice la Palabra y según esto oramos. “*...que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye,*” dándonos a entender que hay oraciones que él no oye. En Isaías, en el caso de Israel, Dios no escuchó todas sus oraciones simplemente porque no oraron conforme a la perfecta voluntad de Dios. Si

¡Cómo es la astucia del enemigo,! de recalcar otras cosas, pero aquel que no cree en el Hijo sólo hace a Dios mentiroso.

“Y este es el testimonio que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.” (5.11)

“...esta vida está en su Hijo,” no dice que se ha reservado la vida eterna, como dice en *1ª Pedro 1.4*. Hay muchas cosas reservadas por Dios para nosotros, pero la vida eterna es una posesión presente. “Nos ha dado vida eterna,” ahora mismo por haber aceptado a Jesucristo. Ahora mismo poseemos la vida eterna y esta posesión no podemos perderla porque es vida eterna, NO es vida a prueba. Muchos creen que tienen vida a prueba, y si tienen suerte, y si son obedientes, y si no fracasan, se quedarán con ella, o de otra manera la perderán. Pero no hay indicación de esto en la Palabra, pues es vida eterna y no hay otra. La vida eterna no tiene fin. En cuanto a nuestro comienzo como experiencia, sí, tiene un principio, pero no tiene fin. Si la tenemos hoy, la tendremos hasta el fin de la eternidad, si la eternidad tuviese fin.

Juan es tan simple y tan directo en su manera de declarar, “...y esta vida está en su Hijo.” No está en pagar, hacer, ni guardar, sino en su Hijo. No depende de nosotros, sino del Hijo. Si algo pudiera pasar al Hijo, también a nosotros nos puede pasar algo porque esta vida está estrechamente relacionada con el Hijo. Como Pablo nos dice en *Colosenses 3.3*, “...y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.” Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, ¿qué más queremos?

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” (5.12)

Es impresionante cuán sencilla es la manera de Juan, pues no es más ni menos, no hay otra manera: es así tan sencilla.

“Estas cosas he escrito ha vosotros que creáis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.” (5.13)

Hablamos ya de este versículo. El propósito por el cual el apóstol escribió la epístola era para tener la seguridad de la vida eterna. No para tener la vida eterna, sino para tener la **seguridad** de ella. Es impresionante como el enemigo lucha contra la doctrina de la seguridad del creyente. Por miles de maneras él lucha contra esta

Jesús es la definición más corta y exacta de la vida eterna. Esa vida fue manifestada.

Juan aquí está luchando también contra el error de los gnósticos. La palabra “gnóstico,” viene de la palabra griega “saber.” Estos gnósticos fueron varios grupos que dijeron que tenían y conocían la verdad. Había varios grupos de ellos. Un grupo negó la deidad de Cristo. Decía que Cristo no fue divino, sino simplemente una parte de la creación, nada más. Otro negó la humanidad de Jesucristo, diciendo que fue solamente un fantasma, un espíritu; que no vino en carne, y si se le quisiese tocar no se podría hacerlo, por ser espíritu. Por eso Juan dice: le tocamos.

Otro grupo decía que el hombre, “Jesús,” fue simplemente un ser humano y que el Cristo tomó posesión de “Jesús” cuando fue bautizado y estaba con él hasta la cruz: después el Cristo abandonó a “Jesús.” Hasta el día de hoy, alguna mezcla de esta enseñanza permanece en alguna forma. Por eso, Juan recalca que Jesús es divino y humano, es el Hijo de Dios y también un ser humano. Cuando le veamos en el cielo veremos a un ser humano con cuerpo glorificado.

Esta Epístola comienza con la vida eterna (*verso 2*), y así también termina con vida eterna. *Capítulo 5.20* dice: “*Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.*” El confirma la definición de la vida eterna que es Cristo: “*porque la vida fue manifestada.*” (*verso 2*) La vida fue manifestada o revelada. Revelada significa: “hacer visible, claro, y conocido:” habla de manifestar una cosa. La vida estaba con Dios; pero, que valdría para nosotros si esa vida no fuese hecha manifiesta. Si queremos conocer la vida eterna, solamente debemos conocer al Señor Jesucristo, y cuánto más le conocemos a él, tanto más conocemos la vida eterna.

“Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.” (1.3)

Aquí Juan toca uno de los temas principales de esta Epístola: la comunión. Esta es la comunión: (1) con el Padre, (2) con el Hijo y (3) el uno con el otro. “*Comunión*” es una palabra que encontramos especialmente en el Nuevo Testamento.

En el Antiguo Testamento vemos más bien la idea de compañerismo, pero en el Nuevo Testamento es verdaderamente “*comunión.*” *Comunión* significa: “Tener en común” o “compartir con

otra persona.” Había comunión en cierto sentido en el Antiguo Testamento, por ejemplo: Dios habló con Adán en el huerto; Enoch anduvo con Dios; Noé halló gracia delante de Dios; Abraham fue llamado amigo de Dios; Dios habló cara a cara con Moisés y habló a los profetas por visiones; pero en ningunas de estas ocasiones la comunión fue completa y perfecta. Es más bien un compañerismo entre Dios y el hombre. La comunión no pudo ser perfecta en aquel tiempo, porque el sacrificio revelado no fue perfecto. Recordamos que la comunión había sido quebrada entre Dios y el hombre, y esa comunión pudo ser restaurada solamente a base de un sacrificio. Todos los hombres mencionados son los que ofrecían los sacrificios, pero la comunión no pudo ser perfecta porque el sacrificio revelado no lo fue. Ahora tenemos comunión perfecta porque el sacrificio perfecto ha sido revelado.

Vemos como la comunión se establece por medio del sacrificio. **1^o Samuel 18.1 al 4; 19.4, 5** Aquí vemos la amistad y la comunión entre Jonatán y David, las cuales fueron sobre la base de la victoria de David sobre Goliat. (**1^a Samuel 17**) Cuando Jonatán vio esa victoria, él fue impresionado, y esta fue la base de su comunión con David. Nuestra comunión se basa también sobre este mismo hecho. La victoria de David sobre Goliat, nos habla de la victoria de Jesús sobre el enemigo. Dios nos invita a tener comunión con él, en lo que su alma se deleita. **Isaías 53.11** nos muestra que Dios se deleita en el sacrificio de su Hijo. Dios quedó satisfecho, y si vamos a tener comunión con Dios hoy, tiene que ser sobre la base del perfecto sacrificio de su Hijo Jesucristo. Si nuestra comprensión del sacrificio de Jesús es incompleta, nuestra comunión con el Padre también será incompleta; porque Dios no tiene comunión con el hombre, sino solamente sobre la base del sacrificio de su Hijo. No tiene otro tema. Nuestra comunión es con el Padre, con el Hijo, y el uno con el otro.

Las Escrituras no hablan de tener comunión con el Espíritu Santo, sino por medio del Espíritu o en el Espíritu, pero nunca con el Espíritu. La razón por la cual Juan da testimonio es para que tengamos también esta comunión en la misma manera y en la misma medida.

“Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido.” (1.4)

“...para que vuestro gozo sea cumplido,” o para que todos juntos nos gocemos. Lo que yo gozo, comparto para que otros puedan gozar también conmigo. Este es el sentido de este versículo. Por supuesto, vemos en esto la seguridad de nuestra salvación; yo me gozo

pecador de su pecado, nunca diciendo nada contra la Palabra y los tres concuerdan dando testimonio de Jesucristo, como el verdadero Salvador. El número tres (3) es el número de la fuerza. El número dos (2) habla de suficiente testimonio, y como tres es un número de fuerza, es un testimonio fuerte.

“Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo.” (5.9)

Si una persona viene y nos dice tal y tal cosa, creemos su testimonio. Lo recibimos sin cuestionar, y si hacemos así, mayor es el testimonio de Dios, porque él no puede mentir. El hombre puede mentir o equivocarse, pero igual recibimos su testimonio. Si tan pronto recibimos el testimonio del hombre, con más prontitud debemos recibir el testimonio de Dios.

“...porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo.” (5.10)

No necesitamos alguna evidencia extraña de la seguridad de otra persona, o alguna señal, pues, *“tiene el testimonio en sí mismo.”* Yo sé que he creído en el Hijo de Dios y soy salvo, no porque alguien me dijo, sino porque tengo al hijo de Dios en mi corazón. Hay un testimonio dentro de mí que es mi seguridad. Pablo así nos dice, en **Romanos 8.16**, que *“el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.”*

Hay una confianza que el Espíritu Santo nos da: una seguridad. El legalista procura quitarnos esta seguridad dando pruebas de como podemos perderla, pero no nos convence porque hay un testimonio dentro de nosotros. El legalista solamente causa confusión. Estamos hablando de la obra de Dios, no la de una persona. La razón por la confusión es: *“...porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.”*

¿Por qué Dios mandó a su Hijo y dio testimonio de él? Porque el hombre es pecador, separado de su Dios y necesita la reconciliación, que sólo viene por medio de un Salvador. Y así dice Dios, pero aquel que no lo acepta, afirma que, lo que dice Dios es mentira. Dice; “Yo no necesito a un Salvador.” ¡Cuántos millones hoy día llaman a Dios mentiroso! De la misma manera, si acepta otra forma de salvación, hace a Dios mentiroso. El testimonio no es acerca de su Hijo y María, o, acerca de su Hijo y unos santos, sino simplemente acerca de su Hijo.

Nosotros usamos la palabra vencedor hablando del vencedor total, porque lo nacido de Dios, por lo menos vence al mundo, aunque no vence otra cosa. ¿Y cuál es la victoria? A nuestra fe. “*Porque sin fe es imposible agradar a Dios.*” **Hebreos 11.6** Estamos hablando aquí de agradar a Dios, de guardar sus mandamientos que no son gravosos y cuán necesaria es la fe para poder hacer así. Ella es la victoria.

“...y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe,” y la fe obra por el amor. No son dos cosas tan separadas como tal vez creemos. Por eso, Juan menciona aquí la fe en esta porción que habla del amor. La fe es la máquina, pero el amor es el aceite que hace funcionar la máquina. Nuestra fe, sin amor, no es nada. Esta es la victoria: 'LA FE', que ha vencido al mundo, la carne, y a Satanás.

“¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (5.5)

El hombre religioso hace todo muy complicado, pero Juan lo presenta de una manera muy simple.

“Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre.” (5.6)

Jesucristo fue el verdadero ser humano, no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Esto habla de su humanidad, pues él fue el perfecto ser humano.

Casi todos están de acuerdo que el versículo siete: “Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, El Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son uno,” no tiene lugar aquí. Los que tradujeron los pergaminos agregaron este versículo, pero hay que eliminarlo y dejar los versículos seis y ocho.

“Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan.” (5.8)

Juan, en su Evangelio, nos habla de aquella ocasión cuando Jesucristo fue colgado en la cruz. No rompieron su pierna y en vez de eso, abrieron su costado con una lanza (**Juan 19.33, 34**). Esta agua y sangre nos hablan de la limpieza del pecador. La sangre nos limpia de nuestros pecados. El agua representa la palabra de Dios que también nos limpia de toda impureza; nos purifica y el Espíritu Santo es el agente que está aquí en la tierra para dar testimonio.

“Y tres son los que dan testimonio en la tierra,” eso es, testimonio de Jesucristo. El Espíritu Santo viene para convencer al

con un gozo completo porque sé que soy eternamente salvado, y como yo me gozo, les anuncio el Evangelio para que también el gozo de otros sea completo.

“Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.” (1.5)

Las tres características de Dios manifestadas son: luz, amor y vida. Los capítulos uno y dos nos hablan de Dios que es luz. **Los capítulos 3.1 al 5.5**, nos hablan de Dios que es amor. **El capítulo 5.6 al 21**, nos habla de Dios que es vida. Estas son las características sobresalientes de nuestro Dios y de nuestro Señor Jesucristo.

Aquí habla de Dios que es luz y habla también de nuestra comunión a base de esa luz del Evangelio. Vemos que la luz y la vida son inseparables. La luz es esencial para la vida y esta vida es la luz. Así Juan nos explica en su Epístola. La “luz” habla de la santidad divina, de la pureza y de la perfecta justicia. Juan lo declara de una manera doble en versículo cinco. “Dios es luz,” habla de lo positivo, y para recalcar esta verdad la expresa así: “no hay ningunas tinieblas en él,” que habla de lo negativo. Es la forma usada a menudo por el apóstol para poner énfasis en lo que quiere decir.

En la Palabra hay cuatro clases de tinieblas:

1) Las Tinieblas Naturales. Por naturaleza estábamos en tinieblas. (**Efesios 5.8**) Este es nuestro estado natural, pues todos nacimos así y éramos tinieblas.

2) Las Tinieblas por Voluntad Propia. Esto tenemos en **Juan 3.20**. Así es aquel que acepta las tinieblas en que nace. No porque nace en tinieblas queda allí, sino queda allí por su propia voluntad. Como resultado de esto tenemos:

3) Las Tinieblas Judiciales. (**Jeremías 13.16**) Así es el resultado de rechazar la luz, pues llega a ser sombra de muerte y tinieblas. Esto nos lleva al estado final:

4) Las Tinieblas Eternas. (**Judas 1.13**) ¿Pero para quién realmente fueron preparadas estas tinieblas? Para Satanás y sus ángeles. (**Mateo 25.41**) Los que rechazan la luz también van a sufrir las consecuencias eternamente. Pero en Dios no hay tinieblas, “no hay mudanza, ni sombra de variación en él.” **Santiago 1.17**

“Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” (1.7)

El apóstol habla de nuestra comunión los unos con los otros. Hablando de nuestra comunión con Dios, vimos que ella depende de nuestra comprensión del perfecto sacrificio de Jesucristo. La comunión con nuestros hermanos depende de la luz que recibimos y aceptamos. La relación de los unos con los otros depende de la sangre, somos hermanos por la misma sangre, como en lo natural. Somos hermanos por la misma sangre de Jesús; pero la comunión es otra cosa. En lo natural, dos personas pueden ser hermanos por tener la misma sangre sin haber ninguna comunión, la cual se basa en cosas comunes. Así que el mero hecho de ser hermanos, no significa que tienen lo suficiente en común como para tener comunión. El pensamiento general es que tenemos que tener comunión con todos los hermanos por la sangre de Jesús, pero la sangre es la base de la relación uno con otro; y la comunión depende solamente de la luz. ¿Qué comunión podemos tener con un hermano que constantemente nos manda al infierno por cualquier cosita, o con otro que niega la obra del Espíritu Santo? La comunión es según la revelación.

Reconocemos a cada creyente como miembro del cuerpo, pero esto no significa que tenemos que tener comunión cercana con cada miembro, porque esta es una cosa muy distinta. Reconocemos el cuerpo de Cristo y todos los miembros en su lugar, pero eso no significa que tenemos que tener comunión con todos. Dios nos ha dado mayor luz y no podemos tener comunión con algunos hermanos, no porque no apreciamos a los t les, sino que la comunión se basa en la luz, en la revelación que Dios nos ha dado y no podemos olvidar esto.

“Y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” (verso 7)

Nos limpia en sentido presente, o sea, que nos mantiene limpios. Pero depende de andar en la luz, pues la sangre no nos limpia aparte de la luz. La sangre de Jesús nos mantiene limpios andando en la luz. El énfasis en este versículo es donde andamos y no como andamos. Hablamos mucho de como andamos, pero más importante es donde andamos; en luz o en tinieblas. Porque si nos cuidamos de andar en la luz, Dios se encarga de como andamos. No debemos descuidar de como andamos, pero si andamos en la luz, ¿Cómo vamos a andar? sino como hijos de luz, hijos de Dios, que agradan al Señor. Tenemos que cuidarnos de andar en la luz porque ella manifiesta el pecado. Por eso los hombres no quieren llegar a la luz, porque ella manifiesta el pecado, pero también muestra el remedio.

nuestro amor va más allá y por eso escudriñamos la Palabra, pues queremos saber cual es el más mínimo deseo de nuestro Dios, y escudriñando la Palabra lo encontramos. Tal vez no expresa directamente lo que quiere, pero lo comprendemos, y su mandamiento no es una molestia, sino que es nuestro gozo. Donde hay amor, hay gozo en cumplir; no con cara larga, sino con una sonrisa.

Hay varias maneras de obedecer. Una madre le dice al hijo que tire la basura, y él lo hace pero murmurando. Esta no es la manera. La mejor manera sería hacerlo sin que la madre le diga nada, y esta es la prueba de nuestro amor. El hombre religioso se contenta en cumplir lo que se le dice y se cree bueno, pero mejor aún es cumplir todos sus deseos y no es molestia para el creyente fiel. Para la carne es molestia, pero el creyente fiel sabe juzgar su carne, y la obediencia a todo deseo llega a ser su delicia.

~ Capítulo Cinco ~

“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él.” (5.1)

Nos habla otra vez de la humanidad de Jesús, el hombre Jesús, Cristo unido. Dios es aquel que engendró, pues es la fuente de la vida eterna. Si amamos a Dios, vamos a amar a aquel a quien Dios ama. Este es el nuevo nacimiento, es una regla que no podemos pasar por alto.

“En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos.” (5.2)

“...cuando amamos a Dios.” Lo primero y principal es nuestro amor a Dios y después, nuestro amor al prójimo, y por supuesto, cuanto más amamos a Dios, guardaremos más sus mandamientos y vamos a amar a sus hijos.

“Pues esto es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” (5.3, 4)

En estos versículos vemos que todo creyente es vencedor, el más carnal, o el más niño, pero no todos son vencedores totales.

nosotros, y realmente somos deudores de mostrar ese amor. Si sabemos amar es porque hemos experimentado el amor de Dios.

“Si alguno dice: yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien a visto, ¿Cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (4.20)

Esta es otra ocasión donde el Apóstol nos llama mentirosos, si nuestra vida no es conforme a nuestro testimonio. La tendencia del ser humano es la de decir: “¡O, cuánto amo a Dios!” y aborrece a su hermano: pero esto no puede ser. *“¿Cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?”* Una buena pregunta. Si no podemos amar a nuestro hermano que está delante nuestro, ¿cómo podemos amar a Dios a quien nunca vimos? Así es el hombre, habla mucho del amor que tiene para Dios y aborrece a su hermano; pero si realmente hay amor en mí, voy a amar a aquel, a quien mi Dios ama.

“Y nosotros tenemos este mandamiento de él: el que ama a Dios, ame también a su hermano.” (4.21)

Es un mandamiento, pero no solamente esto, sino que es realmente la característica del hombre nuevo. *“El que ama a Dios, ame también a su hermano.”* No es difícil amar a nuestro hermano, pues es algo que hacemos por la naturaleza divina que tenemos. Es la cosa más fácil amar a nuestro hermano. Puede haber diferentes opiniones, maneras y gustos, pero igual el amor existe, y esto es lo que necesitamos para andar en comunión con tanta gente. Si no fuera por el amor, no habría caso, porque sabemos que somos seres humanos con distintos gustos.

Capítulo 5.3 dice, *“...sus mandamientos no son gravosos,”* y esto es el pensamiento y la actitud del hombre nuevo que dice: “su mandamiento no es gravoso.” Como Pablo nos dice en **Romanos 12.1**, *“...es nuestro culto racional.”* Es algo justo que Dios pide. Sus mandamientos no son molestosos: este es el amor de Dios. ¿Cómo podemos expresar nuestro amor a Dios? Simplemente por guardar sus mandamientos. Hay mandamientos directos en la palabra de Dios de lo que debemos hacer o no hacer. Pero la verdadera prueba del amor no se expresa en cumplir fielmente estos mandamientos, sino en cumplir aun con los deseos de nuestro Dios. Hay muchas cosas en la Palabra que no son directamente mandamientos, pero tal es el deseo de nuestro Dios y ahí es cuando demostramos nuestro amor. Cualquiera puede obedecer de tal manera que cumpla con lo que se le manda, pero

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.” (1.8)

Habla del pecado en nosotros. La naturaleza pecaminosa. El legalista dice: “el hombre viejo fue quitado del todo, mas Juan dice: “es mentiroso.” La palabra dice que no hay condenación, porque no hay pecado sobre nosotros. Pero hay pecado en nosotros, y esto es, por supuesto, lo que Pablo nos muestra en Romanos y en toda la doctrina que él nos enseña. Nuestros pecados están sobre Jesús. En él no había pecado, pero había pecado en nosotros. Si decimos que no tenemos pecado, entonces nos engañamos sólo a nosotros mismos porque otros se dan cuenta, especialmente los que viven con nosotros. Si decimos que no hay pecado, somos simplemente mentirosos.

Hablamos del pecado sobre nosotros y en nosotros. En la cruz, donde Jesús murió, nuestros pecados cayeron sobre El,

pero en él no había y no hay pecado; pero en la cruz nuestro pecado cayó sobre él. Había a su lado dos ladrones, uno arrepentido y el otro no. En el no arrepentido había pecado y sobre él también porque tenía la naturaleza pecaminosa. En el ladrón arrepentido había pecado, porque llevaba aún la naturaleza pecaminosa, pero sobre él no había pecado porque los de él habían caído sobre Jesús. Del pecado nunca nos libraremos en esta vida, porque tenemos la naturaleza pecaminosa, pero no hay condenación sobre nosotros, porque nuestros pecados cayeron sobre Jesús. Esta es la enseñanza del versículo ocho: *“Si decimos que no tenemos naturaleza pecaminosa nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.”*

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” (1.9)

Aquí tenemos el privilegio más grande y sublime que el creyente tiene; de confesar sus pecados. Confesar significa: “hablar la misma cosa,” “estar de acuerdo” o “admitir culpa.” Dice: “Si confesamos nuestros pecados,” hablando a los creyentes. El Evangelio de Juan fue escrito para que el pecador pudiera alcanzar el conocimiento de Jesucristo como Salvador y alcanzar así la vida eterna. Pero 1ª Juan está escrita totalmente a los creyentes, para que puedan gozar de la vida eterna. Está hablando de los creyentes, y si pecamos tenemos la responsabilidad de confesar ese pecado. Tal vez, tenemos miedo de la palabra “confesión,” por el mal uso en nuestros días por los religiosos. Dios no perdona así, no más, sino perdona los pecados confesados. Hay que llamar el pecado “pecado,” y decir:

“pequé;” como dijo David en el **Salmo 51.4**, “*Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos.*”

Hay dos clases o grupos de pecados para considerar: 1) Los pecados de comisión, un hecho cometido: entonces tenemos que pedir perdón. 2) Los pecados de omisión, de no hacer lo que debemos hacer: pues aquél “*que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.*” (**Santiago 4.17**)

Otro tema que también tenemos que tocar es el privilegio de juzgarse a sí mismo. Muchos se condenan a sí mismos por tener la tendencias, pero la tendencia juzgada no es pecado. Pablo lo dice en **1ª Corintios 11.31**: “*Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados.*” Es un gran privilegio del creyente, pues si nos juzgamos a nosotros mismos, así no seremos juzgados. Cada uno ya sabemos cuales son nuestras tendencias. Por ejemplo, la tendencia de mentir es muy común y se presenta la oportunidad para hacerlo, pero si nos juzgamos en aquel momento, entonces no es pecado y no hay necesidad de confesar. Cuando nos rendimos a la tentación y mentimos, entonces tenemos que confesarlo y pedir perdón. No debemos tener el pensamiento del legalista que sin duda vamos a pecar en el día. Si realmente hemos pecado, el Espíritu Santo nos convencerá de ese pecado, y nos indicará y nombrará la cosa específicamente. El pensamiento legalista es: “perdóname por todos los pecados,” sin nombrar exactamente cuales son. Pero nuestra meta es vivir sin pecar. Si es que hemos hecho algo, ahí lo confesamos; pero si no sabemos lo que hicimos, ¿qué provecho hay de pedir perdón, sólo para aparentar piadoso? Así dijo Job, pero él no tenía la revelación que tenemos nosotros. (**Job 1.5**)

Tenemos al Espíritu Santo que nos revela todas las cosas hasta el pecado más pequeño en nuestra vida, si es que estamos rendidos al Espíritu. Dios es fiel y justo en perdonar, porque la base es el sacrificio perfecto de Jesús. No sólo eso, sino también nos limpia, y esto tiene un efecto muy grande. Queremos ser sensibles en cuanto al pecado. No conviene andar con la conciencia quemada, y no reconocer cuando pecamos. Es mejor andar cuidadosamente y reconocerlo.

Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. (1.10)

Si decimos que nunca hemos pecado, le hacemos a Dios mentiroso, porque él dijo que cometimos pecado y nosotros decimos que no. Cuando una persona rechaza a Jesús como Salvador, está

“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero.” (4.19)

Esta es una verdad muy importante. Vimos el amor de Dios que ama a aquel que no tiene nada en él para amar pero Dios lo hace. Juan dice que no es gran cosa que nosotros amemos a Dios. “*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios.*” (**4.10**) Aquí vemos el por qué; es el amor de Dios hacia nosotros que nos hace amarle. El hombre no tiene ningún interés en conocer a Dios, pero el amor de Dios es tal, que no podemos resistirlo. Pablo dice en **2ª Corintios 5.14**: “*porque el amor de Cristo nos constriñe...*” o, me obliga de tal manera. Hemos sido atraídos por él por medio del amor que él nos mostró.

En el original dice: “Nosotros amamos porque él nos amó primero.” Amamos a Dios y a nuestro Señor Jesucristo, porque primeramente nos fue mostrado el amor; pero el versículo nos muestra algo más que simplemente amar a Dios. Está hablando aquí de nuestra capacidad para amar. Nosotros tenemos capacidad para amar, porque él nos amó primero. En lo natural, es muy difícil para una persona amar si nunca tuvo una muestra del amor. Si una persona nace, crece, y llega a ser adulta y muy poco ha conocido del amor, muy poco sabrá amar. Hay personas, que en lo natural, muy poco pueden demostrar el amor. Tal vez vienen de un hogar donde nunca hubo amor y no saben demostrarlo. El amor es algo importante para el desarrollo normal del ser humano. Ningún ser humano puede desarrollarse sin amor; ni física, ni moralmente.

A una criatura recién nacida, le pusieron en una pieza aislada y nunca fue llevada al pecho de su madre para darle cariño. Cuando nació era sana y robusta en todo sentido, pero en poco tiempo esta criatura fue bajando de peso, y su desarrollo no fue normal. Fue un experimento para ver el efecto del amor. La criatura, para desarrollarse normalmente, tiene que sentir el amor de sus padres, y sin el amor el ser humano no puede desarrollarse normalmente.

Muchos están en la cárcel o instituciones correccionales y es porque no han experimentado el amor. Nosotros tenemos capacidad de amar a nuestro prójimo “*porque él nos amó.*” Si no fuese por su amor para nosotros, nunca hubiésemos amado a nuestro prójimo, por eso, es necesario comprender el amor de Dios. A medida que lo comprendemos, podemos también expresar este amor a otros. No sabríamos nada del amor, si no fuese porque él nos amó. Los que hemos experimentado el amor de Dios sabemos amar, no por ser tan buenos o inteligentes, sino porque Dios ha demostrado su amor hacia

Las dos cosas, el temor y el amor, no pueden habitar en el mismo lugar. En el **versículo 17**, el amor perfeccionado nos da confianza y recordamos que Dios es amor, y por supuesto Dios no tiene temor. ¿De qué tendría temor él? Ni del hombre, ni de demonios, ni de juicios, ni de lo pasado, ni de lo porvenir. Dios es amor, entonces en el amor no hay temor, al contrario, este amor maduro echa fuera el temor. Es el amor de Dios operando en el creyente que le hace entrar en los lugares, donde de otra manera, nunca entraría. Muchos son los relatos de gentes que han afrontado peligros y hasta la muerte misma llevando el Evangelio por amor, porque el amor echa fuera el temor, (no por el castigo, sino simplemente el temor).

“...porque el temor lleva en sí castigo (o tormento).” Si una persona tiene temor de alguna cosa, real o imaginaria, esa persona es atormentada. Tormento significa: 'angustia, turbación de la mente, el alma, y el corazón', y es constante. Es un arma poderosa del enemigo, y al fin y al cabo la mayoría de los temores que el hombre tiene son imaginarios: no son reales. ¡Y cómo trabaja la mente! ¿Y cuál es el remedio? El amor. El amor echa fuera el temor, donde hay amor el temor no puede habitar. El temor es un arma muy poderosa del enemigo. El ser humano tiene temor de esto, de aquello, y del otro. Trabaja la mente y debilita el cuerpo y al fin y al cabo, no es nada, sino solamente algo que el enemigo pone en la mente. El remedio es el amor. ¡Qué victoria hay en el amor!

En **Cantares 2.4**, el amado de la Sulamita, le llevó a su casa de banquete, y su banquete fue amor: el amor fue su bandera. La bandera nos habla de victoria. El enemigo no puede vencer al creyente que tiene un amor maduro conforme al conocimiento de la palabra. Es importante que el amor sea según el conocimiento de la palabra.

Veamos lo que dice Pablo en **Filipenses 1.9**. “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento.” Este es el amor que va creciendo. ¿Cómo es que el amor es perfeccionado? Por el conocimiento de la Palabra. Esta clase de amor echa fuera el temor. El amor, conforme al conocimiento, echa fuera el temor, y el enemigo no puede vencer a esta clase de creyente. De donde el que teme, “no ha sido perfeccionado en el amor.” Note lo que nos dice en **Santiago 1.4**: “...para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.” Esto incluye también el amor, pues queremos ser perfectos en fe, en amor, en todo; pero aquel que teme cualquier cosa no ha sido perfeccionado en el amor. Tal vez en cualquier otra cosa, pero en el amor NO.

diciendo que no necesita a un Salvador porque no es pecador. Sin embargo, el hecho de que Dios mandó a su unigénito Hijo al mundo para morir en la cruz, es evidencia que todo el mundo es pecador y necesita un salvador, de lo cual Jesús es el único. Esta es la forma en la cual el hombre hace a Dios mentiroso.

~ Capítulo Dos ~

“Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” **1ª Juan 2.1**

Sigue con el mismo tema del capítulo uno. Si no fuese posible que el creyente anduviese sin pecado, no solamente Juan, sino también los otros escritores escribieron de balde, porque la Palabra nos es dada con este fin: “para que no pequemos;” esto es, para que sepamos la voluntad de Dios y no pequemos, siguiendo la perfecta voluntad de Dios. Cuando cometemos pecado, es porque salimos de esta perfecta voluntad, rindiéndonos al hombre viejo y ahí caemos. En nosotros hay pecado. Vemos por lo que dice el apóstol Pablo en **Romanos 6.1 al 15**, que Juan está muy de acuerdo con Pablo. Pablo hace la misma pregunta; “¿perseveraremos en el pecado?” dos veces y en los dos casos su respuesta es: “en ninguna manera.” El pecado mora en nosotros, pero no es indispensable, ni necesario, que se manifieste como pecado en nosotros. Aquí también, por supuesto, está el gran recurso del creyente que todavía no aprende a juzgarse o es sorprendido en el pecado. ¿Qué puede hacer? ¿Ir y aceptar a Jesús de nuevo? ¡No! ¡Abogado tenemos! Habla de uno que está “llamado al lado de otro para socorrer.” La misma palabra en el griego indica capacidad para socorrer, y esto es lo que vemos en esta palabra abogado; nosotros tenemos a uno que tiene capacidad. En el Evangelio de Juan este término se aplica al Espíritu Santo como “consolador.” Está traducido aquí como “abogado” y es para con el Padre. El pecado que se manifiesta en el creyente no interrumpe, ni quiebra la relación con Dios. Pecó, pero Dios es aún su Padre, y solamente la comunión se quiebra, pero Jesucristo es el abogado delante del Padre. Delante de Dios es Sumo Sacerdote, pues cuando habla de Dios, usa la palabra: “Sumo Sacerdote.” Pero delante del Padre es “abogado” y también es Jesucristo el “Justo.” Jesús ungido es Aquél que intercede por medio de su propia justicia.

Hay dos razones principales porque necesitamos de un abogado. 1) Somos débiles, y el pecado mora en nosotros. El pecado

nunca está lejos de nosotros y en cualquier momento, si descuidamos, puede brotar en nosotros. 2) Tenemos a un fuerte adversario: un acusador que lo hace todo el día y de noche también. Cuán cruel es nuestro acusador: aun cuando dormimos lo hace. En lo natural, uno necesita de un abogado para defenderse de un vecino que lo acusa de algo. Vemos a Jesús como nuestro defensor, pues él nos defiende delante del Padre cuando venga el acusador que es Satanás mismo. Aun cuando hemos pecado o hemos caído en algún mal, Jesús nos defiende. El Espíritu Santo hace su obra, y nos convence del pecado. Nosotros nos arrepentimos, el Padre nos perdona, y el acusador se va. No pudo ganar nada porque tenemos el mejor defensor.

“Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.” (2:2)

Aquí, el Apóstol habla de la propiciación. Propiciar significa: “ganar el favor de uno que ha sido ofendido.” Dios es Aquél que es propiciado. Es propiciado por la vindicación de su santo y justo carácter. Por la perfecta provisión del perfecto sacrificio de Jesucristo, él puede mostrar misericordia al pecador arrepentido. La propiciación es el lado divino de la obra de Jesucristo en la cruz. La expiación habla de la cruz de Jesucristo y tiene sus dos lados: hacia Dios arriba y hacia al hombre abajo. Dios es propiciado. La propiciación es hacia Dios, y por causa de esta misma propiciación el hombre recibe la reconciliación. Son las dos palabras que notamos en cuanto del sacrificio de Jesús. Por la expiación perfecta de Jesucristo, Dios es propiciado y puede mostrar al hombre misericordia. Por esta misericordia viene el arrepentimiento; entonces el hombre al aceptar esta misma expiación queda reconciliado con Dios. Dios nunca es reconciliado, porque reconciliación habla de un cambio de enemistad a amistad. La palabra, “propiciación” significa que Dios está satisfecho, o su ira aplacada por la perfecta expiación de Jesús. Él es la satisfacción por nuestros pecados. Dios fue ofendido cuando el hombre cayó en el pecado. Dios siempre se ve aquí en una sola posición, no hay mudanza ni sombra de variación en él, y cualquier diferencia es de parte del hombre.

Cuando el hombre cayó, se alejó de Dios, porque Dios no va a cambiar. Si el hombre quiere comunión con Dios, debe volver por medio de Jesucristo. El hombre está en enemistad con su Dios, pero por medio de la perfecta expiación de Jesús es reconciliado. Juan aquí dice que Jesús es la “propiciación” y es también el “lugar de propiciación,” aunque no toca ese último tema aquí. La tapa del arca

“En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo.” (4.17)

“...así somos nosotros en este mundo.” El había tocado antes este tema en el **capítulo 2.28**, cuando habló de depender del Señor para tener confianza en su venida. Ahora habla nuevamente aquí de un juicio, pero no es la venida de Jesús, como en el **versículo 28**, sino el día del juicio del trono blanco. Tenemos confianza, pues no tenemos ningún temor del día del juicio. Puede ser que fluctuemos en nuestro andar. Puede haber muchas cosas en nuestra vida por las cuales tal vez no seamos tan fieles como deberíamos ser, pero aún, con eso, no tenemos temor del día del juicio en el trono blanco. Ese juicio para nosotros ya pasó.

“...pues como él es, así somos nosotros.” “Como él:” Jesús ya fue juzgado en la cruz en nuestro lugar, él ya pasó por el juicio y salió victorioso. El fue juzgado en la cruz y no solamente esto, sino que también es vencedor, y esto nos da confianza. “¡Cristo, en nosotros la esperanza de gloria!” **Colosenses 1.27** No estamos hablando de un amor humano, sino que es la obra de Dios mismo en nuestra vida. Es el amor de Dios, no nuestro amor. No debemos confundir la amabilidad humana con el verdadero amor. Esta es la equivocación de muchos, porque uno puede tener una amabilidad natural y nada del amor de Dios. Por otro lado, un creyente puede aparentar áspero y tener el amor de Dios. No podemos juzgar por lo exterior. El amor de Dios es el amor perfeccionado. No tenemos temor de aparecer ante el trono blanco; y no apareceremos allí, porque ya pasamos el día del juicio: pues quedó atrás para el creyente. Para aquel que acepta a Jesucristo, todo queda atrás, pero para el pecador es un día por venir. Así, como él es ahora, así somos nosotros en este mundo, y esto nos da confianza. Caminando fielmente con el Señor día tras día, nos da confianza para su venida, para que no nos alejemos de él avergonzados. Sabiendo que él ya llevó nuestro juicio, nos da confianza para el día del juicio y si vamos a estar allí, será para juzgar y no para ser juzgados. La Palabra nos indica que juzgaremos a los ángeles en **1ª Corintios 6.3**. “¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?”

“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.” (4.18)

Conocido y creído son dos cosas distintas; es una cosa conocer y otra creer. ¡Cuántos millones de personas conocen el amor de Dios, porque ha sido declarado en miles de maneras! El amor de Dios se ha dado a conocer, comenzando con Cristo mismo, y a través de dos mil años en todas partes del mundo por mil maneras se ha conocido. ¿Pero cuántos han creído, aceptado y abrazado, este amor? Si el hombre entendiese qué es el amor de Dios, lo aceptaría en seguida, pero hay uno que ha cegado los ojos del hombre para no ver ni entender, y por supuesto, para no creer en el amor. La cosa más triste es rechazar el amor. Aun en lo natural es triste cuando una persona rechaza el amor de otra persona, y cuánto más el amor de Dios, pero ¿cuántos miles lo rechazan? Pero gracias a Dios que nosotros hemos conocido y creído, hemos aceptado y abrazado el amor de Dios. No habla de comprender, sino de aceptar el amor de Dios. No comprendemos la profundidad de este amor, pero por fe lo aceptamos.

“Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.” (4.17)

Notamos como este apóstol fue impresionado por el amor. El amor humano fluctúa, aun el verdadero amor en lo natural, pero el amor de Dios nunca fluctúa. No podemos decir que Dios ama más o ama menos; pues el amor de Dios no fluctúa. Dios no aumenta su amor, es el mismo, es constante. Nuestra experiencia, por supuesto, es otra, pues a veces experimentamos más o menos de este amor; pero él amor mismo es igual porque Dios es amor.

“...permanece en Dios, y Dios en él, porque Dios es amor.” No es posible que Dios more en nosotros y a la vez no tengamos amor; no puede ser. Tal como Dios es luz, y si mora en nosotros no es posible que andemos en tinieblas. Es el amor mismo, no es que Dios tiene dos o tres clases de amor; *“...para que el amor con que me has amado...” Juan 17.26*

Es el mismo amor con el cual el Padre amó al Hijo, y él pide que este mismo amor esté en nosotros. No es otro, sino el mismo amor y este es el amor que mora en nosotros, lo que tenemos. Nuestra dificultad es nuestra carne. Por causa de la carne, este amor no se muestra en el creyente, pero si nos rendimos constantemente a la vida de Cristo, lo que sobresaldría en nosotros sería el amor de Dios. El apóstol Pablo va más allá y nos habla del amor con conocimiento: no un amor ciego. *Filipenses 1.9* dice, *“Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento.”*

se llamaba “propiciatorio” en tiempos antiguos. Ahí la propiciación fue hecha por medio de la sangre y por esa sangre Dios quedó en medio de su pueblo. Pero Jesús es el cumplimiento de toda sombra del Antiguo Testamento. Para poder gozar de todo lo que tenemos en Cristo Jesús, tenemos que comprender que Dios está satisfecho con Cristo Jesús por su sacrificio, por eso presentamos siempre el perfecto sacrificio de Jesús. Dice: *“por nuestros pecados,”* hablando de los creyentes. *“Y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.”* En Cristo todo el mundo fue reconciliado. La propiciación es amplia, eficaz, y suficiente. Aunque no todos la aceptan, de igual manera, todos los hombres han sido reconciliados en la cruz de Cristo. Esta es la provisión amplia de Dios.

“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.” (2.3)

La palabra, 'saber' indica: 'aprender por experiencia', y en este caso es una experiencia diaria. Llegamos a conocerle mejor, todos los días. Es algo que vamos conociendo y vamos dándonos cuenta de esta verdad. Sabemos que le conocemos porque guardamos sus mandamientos, porque ninguno que no le conoce los guardará. Este es un conocimiento progresivo.

“El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él.” (2.4, 5)

Hay una relación estrecha en guardar la Palabra y el amor de Dios. Es principalmente nuestro amor hacia Dios de lo que está hablando aquí. Jesús dijo a sus discípulos: *“si me amáis guardad mis mandamientos.”* Estos mandamientos abarcan toda la palabra de Dios, no solamente los diez mandamientos. Cualquier palabra que sea la voluntad de Dios es para nosotros un mandamiento. La manera que el creyente expresa su amor a Dios, es en guardar sus mandamientos. Aquí tenemos un ciclo comenzando por el amor que Dios derramó en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo. Es por este amor que guardamos sus mandamientos, y este hecho produce más amor. El amor va creciendo y perfeccionándose y le amamos más a Dios, y guardamos más sus mandamientos. Es un ciclo sin fin que va girando siempre. Si no hay amor, no vamos a guardar los mandamientos de Dios. Al cumplir y poner por obra la Palabra, tenemos más amor y ese

amor nos obliga a guardar sus mandamientos aun más. Vamos buscando agradar a nuestro Dios, y vamos lográndolo más y más.

“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.” (2.6)

Primeramente hay que andar en la luz. Andar como él anduvo en la luz no es mera imitación. El hombre religioso procura meramente imitar a Jesús, sin tener su naturaleza. Nosotros imitamos a Jesús por tener la misma naturaleza. Sí, es cierto que hablamos de imitar, pero podemos hacerlo porque tenemos la misma naturaleza y andamos en esa naturaleza, no como el hombre religioso hace. Sin entrar en los detalles en cuanto de la manera en que anduvo, podemos decir que Jesús anduvo en completa obediencia. Si andamos como Cristo anduvo, entonces andaremos en completa obediencia. Recalcamos que este andar es por la misma naturaleza que llevamos.

“Hermanos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio.” (2.7)

Este mandamiento es desde el principio del evangelio. En este caso es el amor uno al otro. Este mandamiento es la ley de Cristo y el amor es el cumplimiento de la ley.

“Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra.” (2.8)

El **versículo siete** habla de un mandamiento antiguo; y sin embargo, aquí dice, *“os escribo un mandamiento nuevo.”* Este mandamiento es antiguo, pero a la vez, es nuevo. El antiguo mandamiento recibe nuevo vigor: una nueva vida. Bajo la ley Dios mandó al hombre amar a Dios y a su prójimo, pero esta es la fría letra. Pero ahora este mandamiento tiene un espíritu vivificante. La ley de Moisés exhortó al hombre hacer lo que no pudo, pero en el Nuevo Testamento el Espíritu Santo exhorta al nuevo hombre hacer justo lo que él quiere hacer. Esta es la gran diferencia que vemos. Esto podemos entender si hacemos un mandamiento, y le mandamos a un hambriento que vaya a comer. Por supuesto, él lo hará. El Espíritu Santo manda al nuevo hombre a amar, pero no es el mandamiento frío

hijos, porque no tendrá la paciencia necesaria, porque el amor no está perfeccionado.

“En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su espíritu.” (4.13)

El mundo no conoce al Espíritu Santo, porque no le puede recibir. Si uno tiene al Espíritu Santo es señal de que conoce a Dios. Dios no da al Espíritu Santo a un impío. Muchos hoy día pretenden tener al Espíritu Santo, pero es solamente eso; una pretensión.

“Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, al Salvador del mundo.” (4.14)

Este es uno de los temas sobresalientes del Evangelio de Juan. Jesucristo constantemente recalca que él fue enviado, y acá Juan da su testimonio. *“Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado a su Hijo.”* Ellos vieron sus milagros y todos los prodigios que hizo Jesús y fue prueba de que era el Hijo de Dios. Fueron testigos oculares de los hechos del Señor Jesucristo y todo fue una prueba de que el Padre había enviado al Hijo; *“el Salvador del mundo.”*

“Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios.” (4.15)

A través de su Epístola él sigue recalcando la humanidad de Jesús. Este versículo es otro ejemplo que Jesucristo, el hombre, fue en verdad el Verdadero Hijo de Dios. Jesús es el nombre humano del Señor Jesucristo, que le identifica con la humanidad. Cristo es un título, porque significa: 'ungido.' Este Jesús es el Hijo de Dios: *“...que Jesús es el Hijo de Dios.”* No dice nada de ser hijo de María, sino solamente *“Hijo de Dios.”* El mundo religioso pone énfasis en el hecho de que María fue la madre de Jesús. La Biblia no lo niega, pero tampoco pone énfasis en esto. El hecho es que Jesús es el Hijo de Dios. Nos dice que María es la madre de Jesús, pero solamente en su humanidad y hasta ahí no más.

“Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios y Dios en él.” (4.16)

otra cosa, pero habla del amor: “*debemos también nosotros amarnos unos a otros.*” Pone sobre nosotros una responsabilidad en la misma manera: ésta es la prueba del amor de Dios en nosotros. Si amamos solamente a creyentes amables, es muy débil el amor en nosotros, o si solamente amamos a los hermanos espirituales.

“Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.” (4.12)

A veces la gente tiene problemas con esta declaración, porque sabemos que Dios se mostró a sí mismo en varias maneras en el Antiguo Testamento. Por ejemplo: Moisés vio las espaldas de Dios y otros también han tenido visión de Dios. Pero lo que aquí se expresa es que nadie ha visto a Dios en su plenitud. Moisés, aunque vio una parte de Dios, no lo vio en su plenitud.

Juan 1.18 dice: “*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.*” Esta es la misma declaración: nadie ha visto a Dios en su plenitud, porque Dios es espíritu. Si el hombre ha visto una parte de Dios es porque Dios tomó por un momento una forma visible. La única manera de conocer a Dios es conociendo a Jesucristo. El Verbo Jesucristo es la expresión visible del Dios invisible. Debemos tomar como está expresado en la declaración: “*Nadie ha visto jamás a Dios.*”

“Y su amor se ha perfeccionado en nosotros.” Juan no solamente habla del amor, sino del amor perfecto: crecido: maduro. El amor, como todas las virtudes del creyente, tiene sus distintos grados, y lo importante es que nuestro amor vaya creciendo, vaya madurando y si en verdad nos amamos unos a otros, ésta es una señal visible de que Dios permanece en nosotros. El amor demostrado unos a otros es una señal visible que Dios mora en nosotros, y no solamente esto, sino que su amor se va perfeccionando en nosotros. Si amamos tanto al carnal, al niño en Cristo, como también al vencedor y espiritual en Cristo; entonces el amor de Dios se ha perfeccionado en nosotros: es un amor maduro. En lo natural una criatura es una molestia en el sentido de cuidarla constantemente. ¿Y qué es lo que da a la madre tanta paciencia? Es el amor de la madre lo que le impulsa a cuidarla con tanta paciencia; porque es una molestia. Así también en cuanto a lo espiritual, a veces perdemos paciencia con los carnales y niños en Cristo, pero si hay amor crecido y maduro, no vamos a perder la paciencia. Por eso, no conviene que una persona muy joven tenga

del Antiguo Testamento, porque tiene vida y es verdadero y no es fingimiento. “*Es verdadero tanto en vosotros como en él.*” Fue la verdad en Jesús y es verdad en nosotros. Fue real en Jesús como también lo es en nosotros. Es un mandamiento antiguo, pero para nosotros, es algo que realmente tiene vida y esa es la diferencia, no es la fría letra de la ley.

“El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo.” (2.9, 10)

Estamos hablando del amor hacia el prójimo, especialmente hacia el hermano. Si anda en la luz no hay tropiezo y también, por supuesto, ama a su hermano. Podemos ver este tropiezo en dos maneras:

1) Aquél que anda en la luz, esta misma persona no tropieza. Uno tendría que ser muy torpe para tropezar en la luz, por más obstáculos que haya. Así es aquél que sigue la luz y anda en toda la revelación que Dios le da: no va a tropezar. Esto vemos en los creyentes que por cualquier cosita tropiezan, porque no andan realmente en la luz. **Salmo 119.130** dice, “*La exposición (o entrada) de tus palabras alumbra,*” al abrazar, al echar mano de la Palabra. Esa Palabra es: “*lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino.*” **Salmo 119.105** El **versículo 165** dice: “*mucha paz tienen los que aman tu ley y no hay para ellos tropiezo.*” Pase lo que pase, caiga quien caiga; no van a tropezar porque aman la Palabra (la luz) y para ellos no hay tropiezo. Hay creyentes maltratados en todo sentido. Son abofeteados, rechazados por la gente, otros hablan mal de ellos, en fin, todo lo que pueda pasar, les pasa a ellos, pero siguen adelante, pues no hay obstáculos que les hagan tropezar, porque tienen la luz, y andan en ella. Si otro fracasa, siguen igual porque tienen la luz, y andan en ella. El creyente que anda en la luz no va a tropezar en ningún obstáculo, sea lo que sea.

2) (**Mateo 6.22, 23**) Vemos la necesidad de recibir y poner por obra toda la luz que recibimos porque si no, esa palabra llega a ser tinieblas en nosotros. (**Mateo 18.7**) Este versículo toca la otra parte, habla de nuestro andar. Hay dos maneras: podemos tropezar por la vida de otro o por alguna circunstancia; o nosotros mismos podemos ser la causa de que otro tropiece. Nuestro testimonio, nuestra manera de andar, todo se incluye. Va a haber tropiezo en el mundo, es inevitable, pero aquí está la advertencia. Pero ¡ay de aquél hombre por quien viene el tropiezo! (**verso 7**) Hablando especialmente del impío,

él mira y busca algo, pues observa la vida del creyente, porque él busca tropezar. Observa al creyente y dice: “mira, fulano es creyente y mira lo que hace.” Pero que no sea mi vida ni su vida, la causa de tal tropiezo. Debemos guardarnos de todo lo que tenga apariencia de mal, aunque realmente no lo sea. En cualquier forma hay que evitar aun las malas apariencias, porque estas pueden ser tropiezo para otro.

“Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.” (2.11)

Comparemos el **versículo ocho**, “*porque las tinieblas van pasando,*” con lo dicho por Pablo cuando uno acepta a Cristo en **2ª Corintios 5.17**; “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas.*”

Pablo habla aquí de la provisión, y en cuanto a ella todas las cosas son hechas nuevas, todo lo viejo pasó. Aquí Juan habla de este mismo tema, pero hablándonos de nuestra experiencia. Las tinieblas que nos rodeaban antes van pasando, pero la luz verdadera va alumbrando. La luz del sol no cambia, es la misma intensidad, pero a veces aquí en la tierra recibimos un poco menos de su luz y a veces nada. Así es nuestra experiencia, pues la luz de Dios NO varía, pues toda la provisión y todo lo que necesitamos están hechos. Lo que necesitamos es más y más de esta luz en cuanto a nuestra experiencia. En el **versículo once**, él está hablando de creyentes, pero andan en tinieblas todavía, porque las tinieblas les habían cegado los ojos, y no han aprendido a andar como hombres en Cristo. El amor se relaciona con la luz, pero tales no han aprendido toda la lección necesaria, entonces no andan en la perfecta voluntad de Dios.

“Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Os he escrito a vosotros, padres porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.” (2.12 al 14)

Aquí hay tres grupos distintos de la familia de Dios, a los cuales el apóstol escribe; por supuesto, no tiene nada que ver con la edad en lo natural, no habla de cierta edad, sino en cuanto al crecimiento espiritual.

“Sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.” (verso 10)

Aquí vemos la muestra del amor de Dios. El hombre había ofendido a Dios cuando Adán cayó en pecado y desde aquel momento en adelante el hombre fue enemigo de Dios. Pablo nos explica que si fuese posible el hombre sacaría a Dios de su mente, pero igual Dios amó al mundo. **Romanos 1.28** dice: “*Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no conviene.*” Dios hizo el paso necesario para traer de vuelta al hombre, pues envió a su Hijo para propiciación. Dios mismo hizo provisión para que él mismo pudiese ser propiciado. No es que el hombre propuso una manera, sino Dios mismo hizo una provisión por la cual él quedaría satisfecho. Dios quiso mostrar misericordia por su amor, pero su justicia, santidad y la verdad tenían que quedar satisfechas también. Vemos como Dios hizo provisión para quedar satisfecho, y es el lado de la cruz hacia Dios.

El amor de Dios no pasa por alto los pecados del hombre, porque esto no sería amor. El amor de Dios hizo provisión por los pecados, una provisión perfecta por la cual Dios puede borrar los pecados sin molestar su justicia y verdad. Solamente el amor puede hacer esto. Es cierto y verdadero nuestro amor hacia Dios, pero no es en esto que consiste el amor, sino que él nos amó a nosotros, y no había nada en el ser humano para amar: mirando desde el punto de vista de Dios. El hombre blasfema a Dios, pero Dios le ama, no porque había algo para amar. Por eso, tenemos dificultad para comprender lo que es el amor. El amor en una pareja no es el ejemplo en este caso, sino que Dios nos amó a nosotros no teniendo nada para amar; ¡esto sí es amor verdadero!

“Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.” (4.11)

Ahora Juan pone el ejemplo. Dios ama a aquél que no tiene nada en él: ningún atractivo. ¿Y cómo debemos amarnos unos a otros? En la misma forma, en la misma manera. Hay hermanos que realmente tienen una linda personalidad, la persona misma es cariñosa, amable, y realmente muestra la vida de Jesús y es fácil amar a esta clase de persona. Pero esto no debe de ser la norma de nuestro amor. Tenemos que amar a aquel hermano que no tiene personalidad tan linda, si realmente existe el amor de Dios. Es en ésto donde fracasamos. Es fácil amar al hermano fulano que es cariñoso, pero ésta no es la manera, pues Dios amó a toda la humanidad. La comunión es

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.” (4.9)

Juan declara que Dios es amor. ¿Cómo sabemos que Dios es amor? Por lo que él hizo; él mostró su amor. ¿Y cómo mostró su amor? Por enviar a su Hijo unigénito. Esta es la muestra del amor de Dios. **Juan 3.16** declara, *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna;”* de esta manera amó Dios. Si Dios no hubiese mandado a su Hijo, ¿cómo sabríamos que Dios nos amó? Pero él mostró su amor. Ahora, Dios podía haber enviado a un ángel, a un hombre grande e importante, pero ninguna de estas cosas hubiese expresado el verdadero amor de Dios. Pero él expresó su amor, mandando a su unigénito Hijo y en esto él mostró su amor. Cualquiera otra cosa menor, no sería la muestra de su amor, y esto *“para que vivamos por él.”* No podemos conocer a Dios sin conocer el amor.

“En esto consiste el amor: No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.” (4.10)

Este versículo nos ayuda a comprender que es el amor. Como seres humanos, es evidente que tenemos dificultad de comprender realmente que es el amor, aunque el hombre habla mucho del amor. Nuestro amor a Dios no es la verdadera definición del amor, simplemente porque nosotros, cuando amamos a Dios, estamos respondiendo a un amor que nos ha sido mostrado ya. Aun en lo natural amamos a aquellos que nos muestran amor, pero esto no es el amor de Dios. ¿Pero qué es el amor? ¿Cómo sabemos en que consiste? Juan, en el **versículo 10**, nos explica en detalle, y dice: *“En esto consiste el amor.”* ¿Cuándo nos amó a nosotros? Antes de ser salvos, o cuando aún éramos pecadores. Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores y este es el amor del cual el ser humano no sabe nada. Comprendemos que podemos amar a quien nos ama, pero sólo el amor de Dios nos da capacidad de amar a nuestro enemigo. La ley nos exhorta a amar a nuestro prójimo pero se supone que no es nuestro enemigo, sino sólo a nuestro semejante, pero en el Nuevo Testamento nos exhorta a amar a quien nos persigue y a quien nos maltrata: esto es el amor de Dios. Cuando éramos enemigos de Dios, cuando no queríamos saber nada de Dios, él nos amó.

1) HIJITOS: son poco maduros, recién renacidos o carnales, pues no han crecido todavía. De ellos, sus pecados son perdonados y conocen al Padre pero con un conocimiento limitado.

2) JÓVENES: en cuanto a ellos, vemos a un grupo más maduro. Están madurando pero no son totalmente maduros, están creciendo, pero no son crecidos. Son vencedores pero no totales; en su vida lo sobresaliente es la Palabra.

“Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.” (2.14)

La Palabra en su vida es la base; el efecto de la Palabra es que son fuertes, con el resultado de que vencen. No son completamente maduros, o crecidos, pero están creciendo, porque toman la Palabra como la base y son fuertes. Como son fuertes vencen al maligno que es Satanás.

“Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio.” (2.14)

3) PADRES: el grupo que es más crecido. Aquí el conocimiento que tienen es por experiencia, y han llegado a conocer por su experiencia al que es desde el principio, pues nos habla de conocer a Dios en su plenitud.

El primer grupo conoce al Padre, y sabe que es salvado, pero los padres han tenido experiencia con el Señor, y esto nos habla de madurez y autoridad. Los padres son aquellos que llevan mucho fruto: tienen hijos espirituales. Estos son los tres grupos de la familia de Dios, y cada uno estamos en uno de estos tres grupos.

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.” (2.15)

Hay muchas definiciones dadas en cuanto de qué es el mundo. Lo siguiente es una definición que lo expresa bastante bien. “La masa de pensamientos, ideas, opiniones, esperanzas, impulsos, y aspiraciones corrientes entre la humanidad; de los cuales es imposible echar mano y dar definición, pero a la vez es un verdadero y efectivo poder. Es la atmósfera moral de la cual respiramos sin darnos cuenta. Es el sutil espíritu informador de los hombres viviendo alejados de Dios, o simplemente es el hombre procurando ser feliz sin Dios”.

Aunque sea religioso, este es el mundo. No es precisamente algo concreto, pero es esa influencia, como el mismo aire que nos rodea: no lo tocamos, no lo sentimos, pero lo respiramos sin darnos cuenta.

El mundo es un poder real del enemigo mismo, pues es más que meramente una influencia. El apóstol nos exhorta a no amar al mundo, ni las cosas de este mundo. Las cosas serían como la literatura, la cultura, el arte, los negocios, la música, la moda, la política, posiciones, trabajos, familia: en fin son cosas malas, buenas, y religiosas. Estamos en el mundo, pero no somos del mundo, y la única manera de poder hacer esto es de reconocer lo que Pablo reconoció en **Gálatas 6:14**. *“Pero lejos está de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.”* Él fue crucificado al mundo y el mundo a él.

La palabra 'amar' indica acción y el amor verdadero se muestra en acciones, no en palabras. Aunque amamos a un ser querido en vida, al morir no podemos decir que le amamos, porque está muerto. ¿Qué vamos a hacer? Porque es imposible mostrar el amor a una persona muerta. Debemos ver al mundo como Dios lo ve, y él lo ve como juzgado: lo ve muerto. Tenemos el ejemplo de Jericó, que significa 'fragancia', pero ¿qué fragancia tiene el mundo, ¿la de una rosa o la de un muerto? Si lo vemos de esta forma, no vamos a tener problemas. Su política, moda, ni mundo religioso no nos llamarán, porque ¿cómo vamos a amar a un muerto? Si amamos al mundo no hay lugar para el amor del Padre en nosotros.

“Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo.” (2.16)

Todos somos tentados en estas tres maneras: por la carne, por los deseos de los ojos y por la vanagloria de la vida. De la manera en que Eva en **Génesis 3.16** fue tentada, nosotros somos así tentados.

1) Por la inclinación de la vieja creación. Los ojos hablan de lo que es exterior.

2) Por la codicia: lo que el ojo ve, el corazón codicia. No se puede explicar; al ver ya queremos.

3) Por la vanagloria de la vida: el hecho de depender de la capacidad propia que se posee, y este es el mundo, es independiente de Dios.

“Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios; permanece para siempre.” (2.17)

capítulo nos hablan de que tenemos que probar a los espíritus, de tener discernimiento, y de no aceptar a cualquier persona. Hay muchos que tienen mucha apariencia, y podemos engañarnos fácilmente por la apariencia. Pero debemos probar a los espíritus, para saber lo que son, por eso, necesitamos discernimiento.

“Amados, u unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios, y conoce a Dios.” (4.7)

Lógicamente el tema de estos versículos es el amor. En su Epístola él toca varios temas, pero siempre vuelve a tocar el amor. El amor es la característica sobresaliente, no solamente de Dios, sino también de sus hijos. Está dando aquí, como vimos antes, un mandamiento: *“Amados, u unos a otros.”* Este es un mandamiento en su manera de expresar. Estos mandamientos no son como los mandamientos fríos del Antiguo Testamento, sino simplemente acá está dando mandamiento a lo que realmente el nuevo hombre quiere hacer, porque el amor es de Dios. No habla de una afección o cariño natural, sino lo que es divino, porque dice que es el amor de Dios. *“Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.”* Todo aquel que ama conforme a la palabra. El ser humano también ama, pero no es la forma que la palabra nos muestra.

“El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.” (4.8)

Aquí, como en el **versículo 16**, vemos que el amor es la característica sobresaliente de Dios. Podemos decir que Dios es misericordioso, pero no que Dios es misericordia; que es bondadoso, pero no que es bondad; pero la palabra declara firmemente que Dios es amor: es su característica y él es la fuente también. Dios nos muestra su amor, derrama su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo, pero por sobre todo esto; Dios es amor. Conocer a Dios, es conocer el verdadero amor. Por eso, Juan lo da como ejemplo aquí, dando a entender si realmente conocemos a Dios, es por el amor. Al conocer a Dios conocemos el verdadero amor. Este amor es tan diferente de lo que conocemos en lo natural. No negamos que hay amor en el ser humano; lo que decimos es que no es el verdadero amor, de que habla la palabra aquí. El amor se muestra en acciones no en palabras, por eso, Juan antes nos exhortó de no amar en palabras, sino en hechos. El da el ejemplo de como Dios lo hizo.

Jesucristo es el único soberano y dice que su muerte no es eficaz, no es de DIOS.

“Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.” (4.4)

El que esto en nosotros es Cristo mismo, y el es Aquél que es mayor; y está en nosotros. Muchos aplican esto al Espíritu Santo, pero no habla del Espíritu Santo, sino de Jesucristo. El Espíritu Santo no venció al mundo, ni ganó la victoria, sino el Señor Jesucristo. ¿Cómo han vencido? *“Porque mayor es el que esto en vosotros, que el que esto en el mundo.”* Jesús declaró así a sus discípulos; de tener ánimo, porque él había vencido al mundo y por su obra nosotros también vencemos. La manera de vencer a los espíritus que han salido al mundo es creyendo y abrazando la verdad, y así también vencemos a todos los portadores del error, simplemente por creer y abrazar la verdad.

“Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo y el mundo los oye.” (4.5)

¿Por qué tienen tantos seguidores? La razón es muy simple; son del mundo y el mundo los oye, ellos hablan del mundo, NO de Jesucristo. Hablan de Dios, del amor, de la fe, y de una variedad de cosas, pero no hablan de Jesucristo como Pablo en **1ª Corintios 2.2**: *“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado.”* Este es el tema del hijo de Dios. Pero el mundo no habla de esto, sino de cualquier otra cosa. Lo hacen como uno muy suave, y religioso, engañando a todo el mundo. su tema NO es Cristo, el nuestro sí, es Cristo.

“Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error.” (4.6)

Queremos desanimarnos porque no nos prestan atención tanta gente, pero el que es de Dios nos oye, pero el que no, no. Difícilmente convenceremos a unos, porque no son de Dios y no van a oír, pues no prestarán atención. *“Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye.”* Si nos oye es de Dios, si no, no lo es.

“En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error,” tenemos que probar esta porción. Los **versículos 1 al 6** de este

El mundo ha sido, y siempre es de cambios. No hay nada permanente en el mundo. Pasa, no solamente en el sentido de cambios, sino pasa literalmente; como vemos en **2ª Pedro 3.10**: *“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grandes estruendos, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.”*

“Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo.” (Juan 2.18)

Juan es el único que usa esta palabra hablando de este hombre: el anticristo. La palabra, 'anticristo' habla de alguien que está en contra o en el lugar de Cristo. Aquí él habla de muchos anticristos, o mejor dicho, muchos hombres que tienen el mismo espíritu del anticristo. Hay un solo hombre que es el anticristo, pero, hay muchos que andan con el mismo espíritu contra, o en lugar de Cristo. Los falsos profetas así lo hicieron, con sus falsas doctrinas se levantaron contra Cristo, y es contra este espíritu que nosotros luchamos. No luchamos contra el anticristo mismo, pero sí contra el espíritu del anticristo, que ya existe en el mundo. El hombre pone a un hombre en lugar de Dios. La adoración de uno mismo y de otro ser humano es el espíritu del anticristo, pero; ¿qué dice la Palabra en **Isaías 2.22**? *“Dejáos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?”* Hay que dejar al hombre.

Otro nombre dado por la Palabra al anticristo encontramos en **Zacarías 11.15 al 17**. Lo llama: pastor insensato y también inútil. El pastor verdadero lleva su vara para disciplinar a las ovejas, y su cayado para socorrerlas. El insensato lleva solamente la vara y esta solamente para pegarlas. El pastor insensato viene solamente para hurtar y llevar. (**1ª Tesalonicenses 2.3 al 8**) Vemos aquí tres nombres: 'el hombre de pecado', 'el hijo de perdición', y 'el inicuo'.

La lista que sigue da catorce comparaciones entre el verdadero Cristo y el anticristo:

El verdadero Cristo es de arriba. **Juan 6.38 y 8.23**

El anticristo es del abismo. **Apocalipsis 11.7**

El verdadero Cristo viene en el nombre del Padre. **Juan 5.43**

El anticristo viene en su propio nombre. **Juan 5.43**

El verdadero Cristo se humilló. **Filipenses 2.8**

El anticristo se exalta a sí mismo. **2ª Tesalonicenses 2.4**

El verdadero Cristo fue despreciado. **Juan 1.11; Isaías 53.3**

El anticristo será admirado. *Apocalipsis 13.3, 4*
El verdadero Cristo será exaltado. *Filipenses 2.9;*
Efesios 1.21

El anticristo será arrojado y humillado. *Isaías 14.15, 16*
El verdadero Cristo hizo la voluntad de su Padre. *Juan 4.34*
El anticristo hará su propia voluntad. *Daniel 11.36*
El verdadero Cristo vino para salvar. *Juan 3.17*
El anticristo viene para destruir. *Daniel 8.24*
El verdadero Cristo fue el buen pastor. *Juan 10.14, 15*
El anticristo será el pastor inútil. *Zacarías 11.15 al 17*
El verdadero Cristo es la verdad. *Juan 14.6*
El anticristo será la mentira. *2ª Tesalonicenses 2.11; Juan 8.44*
El verdadero Cristo es Santo. *Lucas 1.35*
El anticristo es el inicuo. *2ª Tesalonicenses 2.8*
El verdadero Cristo fue hombre de quebranto. *Isaías 53.3*
El anticristo será hombre de pecado. *2ª Tesalonicenses 2.3*
El verdadero Cristo es Hijo de Dios. *Lucas 1.35*
El anticristo es hijo de perdición. *2ª Tesalonicenses 2.3*
El verdadero Cristo es misterio de la piedad.

1ª Timoteo 3.16

El anticristo es misterio de iniquidad. *2ª Tesalonicenses 2.7*
El verdadero Cristo es y será glorificado. *Hechos 3.13*
El destino final del anticristo es el infierno. *Apocalipsis 19.20*

“Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros.” (2.19)

Este texto habla de estos hombres que tienen el espíritu del anticristo. Vimos que el anticristo viene y que los anticristos ya están, pues son los falsos maestros que sólo tienen la apariencia. Pero note aquí, que Juan dice que no permanecieron; y salieron de nosotros. Sin duda salieron porque se dieron cuenta que no podían contaminar al grupo, entonces salieron para buscar otro grupo; porque ese es su gozo. Su afán y gozo es el de contaminar. Hay, hasta el día de hoy, muchos de estos anticristos; o sea que podemos llamarlos pequeños anticristos. Tienen el mismo espíritu del anticristo, y son falsos profetas, o falsos maestros, con el mismo error. La mejor defensa contra tales personas es la verdad. (*Salmo 91.4*) La verdad de Dios es nuestro escudo: es nuestra defensa.

¡cuántas veces no sentimos realmente nada! A veces, amanecemos un poco mal, pero igual sabemos que somos salvos por la seguridad que él mismo nos da, pues el Espíritu Santo nos da testimonio.

~ Capítulo Cuatro ~

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; Porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.” (4.1)

No hay que aceptar a cualquier persona que lleva su Biblia, hay que probar si son de Dios. Hay mucha gente que habla de Dios, del amor, de la fe, de todo lo que nosotros hablamos, pero hay que probar si son de Dios.

“En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios.” (4.2)

Esta es la prueba; si confiesa *“que Jesucristo ha venido en carne.”* Tiene que confesar que Jesús es el Cristo, habiendo venido en carne, que es el 'hombre' Jesús. Jesús, como ser humano, es su nombre. Los demonios admiten que existe el Señor Jesucristo. Ellos le reconocen bien, pero no confiesan que él vino en carne y la razón es obvia: porque cuando Cristo vino en carne es cuando él dio su vida en la cruz y venció a Satanás y a todos sus demonios, pero ellos niegan este hecho. Todos los falsos religiosos de una u otra manera niegan este hecho y ésta es la base del Evangelio de Jesucristo. Jesucristo vino en carne. *1ª Timoteo 3.16* dice, *“E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne.”* En esa forma él ganó la victoria, y así vemos la eficacia de la muerte de Jesús. Están negando este hecho: de que Jesús es el Cristo, el ungido, el único ungido por Dios. No es Cristo y María, ni Cristo y otros santos. Sino sólo Cristo, habiendo venido en carne. Tienen la forma de la piedad, pero niegan la eficacia y éste es el espíritu del anticristo.

“Y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.” (4.3)

Cuando Juan escribió estas palabras el espíritu del anticristo ya estaba obrando. Había gente en su tiempo que negaba esta verdad, y hasta el día de hoy es así. Hay que probar los espíritus, y si niegan que

“Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios.” (3.21)

Aquí hay un secreto en cuanto de la adoración. No podemos tener cosas no juzgadas en nuestra vida y a la vez tener confianza de que Dios conteste nuestra oración. La obediencia a Dios y la sujeción a su voluntad son los requisitos principales para que la oración sea contestada. No habla de ningún mérito de nuestra parte, porque toda la Palabra nos enseña que no tenemos mérito, sino que es por obedecer. Dios no nos contesta porque merecemos, sino porque obedecemos. Dios concede inmediatamente nuestra petición, pero el cumplimiento puede llevar tiempo. El concede nuestra petición y mientras tanto confesamos la victoria que ya tenemos.

“Y cualquiera cosa que pidiéramos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él.” (3.22)

Esto es bastante grande, dice: *“cualquiera cosa que pidiéramos la recibiremos de él,”* porque somos obedientes y hacemos las cosas agradables delante de él. Nos rendimos a su voluntad y esto nos da confianza. *“Cualquiera cosa que pidiéramos,”* por supuesto esto es conforme a su perfecta voluntad, pero Dios no pone límite. Podemos pedir lo que queremos dentro de su perfecta voluntad.

“Y esto es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.” (3.23)

Juan no puede salir de este tema, va tocando varios y distintos temas, pero después vuelve de nuevo al mismo tema: *“El Amor.”* Creer en el nombre de su Hijo Jesucristo es más que simplemente la salvación, pues su nombre abarca mucho más que esto. Habla de todo lo que significa su nombre.

“Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros por el Espíritu, que ha dado.” (3.24)

El Espíritu Santo da testimonio de que somos hijos de Dios. Este es el propósito principal de esta Epístola; para dar la seguridad de que somos realmente hijos de Dios. No es de un sentir nuestro, porque

De tiempo en tiempo hay gente que entra en el grupo y parece que están aprendiendo, y que tienen ganas de aprender; y de repente no vienen más. *“Salieron de nosotros,”* y realmente no debemos lamentar mucho por su ausencia porque no serían de gran provecho. *“Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros,”* sabemos que en el transcurso del tiempo hay siempre dificultades, hay luchas y aun hay peleas de vez en cuando, pero si realmente abrazan la verdad, a pesar de todas las contrariedades y de todas las cosas van a permanecer. Pero si realmente no abrazan la doctrina y si hay una pelea, si hay una diferencia, si hay una cosita, entonces se van. ¿Por qué? Porque no son realmente de la verdad, no son de la enseñanza; por eso se manifiestan los que son realmente de la verdad y los que no lo son.

Juan dice más adelante: *“porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros,”* a pesar de toda dificultad se van a quedar. *“Pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros.”* Queremos a aquellos que realmente tienen hambre y sed de aprender la palabra, y a los otros no queremos; que salgan, no más. La mejor defensa es la constante enseñanza de la verdad, porque los falsos no quieren saber nada de la verdad. Lo que muchas veces pasa es que les gusta el mensaje, esto es, oírlo; pero cuando se trata de la aplicación práctica del mensaje, es otra cosa. No olvide que la doctrina de la 'gracia' tiene su modo de predicar también. Todo esto es para que podamos mantenernos sin mezcla. Los que no son de la verdad, Dios va a quitar porque queremos mantener la masa sin levadura.

“Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas.” (2.20)

Es la plenitud del conocimiento, pues nos habla del Espíritu Santo en nuestra vida, quien nos guía a toda la verdad. El Espíritu Santo conoce todas las cosas y mora en nosotros. Por esta unción conocemos todas las cosas. Lo que sabemos viene por la revelación del Espíritu Santo, y esta revelación es a base de la Palabra. Toda revelación tiene que ser a base de la sana doctrina, basada en la Palabra y esta clase de revelación nunca causa confusión. La confusión entre los hermanos es porque han recibido supuestamente una revelación que no es del Espíritu Santo, y confunde a todo el mundo, porque no fue del Espíritu Santo. El nunca va contra la Palabra, sino conforme a ella; nunca revela nada fuera de la Palabra, sino conforme a ella. Un grupo llamado 'Pueblo de Dios', no usa la Biblia porque dice que el Espíritu Santo revela todo. El Espíritu Santo no revela nada que no sea conforme a la Palabra.

“No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad.” (2.21)

Así también Juan, como Pedro, recalca las cosas que ellos ya sabían. El escribe a la familia y sabe que ésta conoce la verdad. Como es su costumbre, él recalca esta verdad. *“Porque ninguna mentira procede de la verdad.”* Él lo dice así para recalcar la realidad, porque esto es lógico.

“¿Quién es el mentiroso, sino él que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo?” (2.22)

Aquél que niega como costumbre, como un hábito, que el hombre, Jesús, es el Cristo, el Ungido de Dios es mentiroso. El sentido aquí es que el mentiroso, quien es el anticristo y los que andan en el mismo espíritu, niegan esta verdad principal y básica: que este hombre quien es llamado Jesús, es el mismo Cristo, el Ungido de Dios. Este es el espíritu del anticristo, y aquellos que niegan esta verdad son del mismo espíritu. Pero solamente niegan al Hijo, como los fariseos, pues ellos no negaban al Padre, sino al Hijo. Pero aquél que no tiene al Hijo tampoco tiene al Padre. Porque Jesús dijo: *“Nadie viene al Padre, sino por mí.” Juan 14.6*

“Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre.” (2.23)

Este versículo explica esta verdad. El Padre y el Hijo son uno, como vemos en el Evangelio de Juan. No podemos separar al Padre del Hijo. No podemos aceptar al Padre y rechazar al Hijo, o aceptar al Hijo y rechazar al Padre. Si aceptamos a uno, aceptamos a los dos; o si rechazamos a uno, rechazamos a los dos. Juan, como en su Evangelio, aquí también pone énfasis en la necesidad de aceptar al Hijo. No es simplemente aceptar o creer en Dios. No es solamente decir: “yo creo en Dios.” El señor Lincoln (ex-presidente de los Estados Unidos) aceptó la existencia de Dios, pero no creyó que el hombre Jesucristo era realmente el Hijo de Dios; entonces no fue creyente. Aunque fue hombre bueno y tenía principios muy buenos también y sin duda fue usado por Dios para ayudar aquel país en uno de sus momentos más difíciles. Hay mucha gente que aceptan al Padre, supuestamente, pero son como este hombre, y no tienen nada al fin y al cabo.

mostrarnos lo que hay en él. Vemos como debemos hacer. *“...no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre, sino abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás lo que necesita...” (versos 7 y 8)*

Hay que tener cuidado de no tener en el corazón pensamiento perverso. Aquí habla del año de remisión, pues cada siete años lo era. En el año de remisión tenía que perdonar la deuda porque quedaba cancelada. A menudo nuestras obras de cariño y ayuda están motivados pensando en que vamos a recibir algo después. Por eso, el pensamiento es de no dar al pobre, porque no vamos a recibir nada de él. Pero esta no es la manera que el Señor nos enseña. El verdadero amor contempla la circunstancia y dónde ve la necesidad ahí ayuda, pero sin muchas propagandas. No habla de recibir aplausos ni recompensas por lo que hacemos, el amor no es así. Si tiene corazón mezquino o de malos pensamientos; *“¿cómo mora el amor de Dios en él?”*

“Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.” (3.18)

A menudo se escucha el dicho: *“¡Oh cuánto amo a mi pastor!* Pero la misma persona dirá también: *“Pero nunca le doy mi diezmo, no le ayudo en nada; pero ¡cuánto le amo!”* *“No amemos de palabra, ni de lengua.”* Por eso no gastamos tiempo abrazándonos unos a otros, contándonos cuánto nos amamos, pero cuando haya oportunidad y necesidad, ahí hacemos algo sin pensar en recibir algo de vuelta, ni queremos que alguien reconozca lo que hemos hecho, si realmente lo hemos hecho en amor.

“Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguramos nuestros corazones delante de él.” (3.19)

Si así nosotros andamos, sabemos y conocemos que somos de la verdad. Dios mira siempre y se fija en el motivo, Dios no puede ser engañado. El conoce todas las cosas y sabe cuál fue el motivo por el cual ayudamos a nuestro hermano.

“Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios y él sabe todas las cosas.” (3.20) *“Si nuestro corazón nos reprende,”* entonces no fue hecho con buen motivo, y Dios no es engañado.

¿Quién era él, y quienes éramos nosotros? Cuando el Señor Jesucristo puso su vida, nosotros éramos enemigos de Dios. Ese amor verdadero le hizo poner su vida, no por sus amigos, sino por el mundo: por sus enemigos. Entre amigos haríamos cualquier cosa, pero es otra cosa poner voluntariamente la vida por los enemigos. Como el caso de Caín, él tomó la vida de su hermano, pero Cristo puso su vida voluntariamente. Allí empezamos a comprender qué es el amor. Si es así, nosotros también debemos poner nuestras vidas por nuestros hermanos, no como Jesucristo, porque él murió por nuestros pecados como nuestro sustituto; sino, más bien en el sentido de ayudarnos unos a otros a llevar una vida desinteresada, en vez de egoísta. El egoísta quiere que todo el mundo ponga su atención en él, en todo lo que hace. Busca la atención hacia él, que todo el mundo le mire, pero el desinteresado no piensa así, sino en el estado de otro. El amor nos hace hacer así. No pensamos cuánto nos costará una cosa, sino pensamos en la necesidad de nuestro hermano. Tenemos que pedir al Señor que nos saque este egoísmo, porque Jesús no fue así. El puso su vida voluntariamente y así, nosotros debemos poner nuestras vidas por nuestros hermanos, cueste lo que cueste.

Cantares 1.5, 6 dicen, “*Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero codiciable como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón. No reparéis en que soy morena, porque el sol me miró. Los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas; Y mi viña, que era mía, no guardé.*”

La sulamita dice: “morena soy,” porque ella cuidaba la viña de sus hermanos en vez de cuidar su propia viña. Cuántas veces nos cuidamos a nosotros mismos y nos olvidamos de nuestro hermano.

“*Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?*” (3.17)

¡BUENA PREGUNTA! Como vemos en *Santiago 2.16*; “*y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?*” Esto no es el amor. El amor se manifiesta, no en grandes hechos benévolos, sino en las pequeñas cosas de cada día, ahí vemos el amor. El hombre religioso muestra su amor por sus grandes obras de caridad y las publica para que todo el mundo lo sepa, pero el amor se ve en las cosas pequeñas de cada día. El amor es benigno, paciente y se demuestra día a día en las cosas pequeñas (*Deuteronomio 15.7 al 11*). Aquí Dios abre nuestro corazón para

“*Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.*” (2.24)

El principio, hablando del Evangelio, es la salvación por Jesús: el Hijo. ¿Qué hacemos con el Hijo? ¿Le aceptamos o le rechazamos? Esta decisión determina nuestro destino. Esto es lo que habrían oído desde el principio.

“*Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna.*” (2.25)

Esta vida eterna está en su Hijo. Si queremos la vida eterna tenemos que aceptar al Hijo, pues esta vida no viene por aceptar a Dios solo. Muchos creen en Dios pero no tienen vida eterna, porque no creen en el Hijo, y esta es la única manera.

“*Os he escrito esto sobre los que os engañan.*” (2.26)

Escribe a gente que sabe la verdad, pero les escribe para advertirles de aquellos que quieren engañar. Los engañadores dicen: No es necesario aceptar al Hijo, que se puede alcanzar la salvación en otra forma también. Pero la única manera es de tener vida en Cristo Jesús.

“*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.*” (2.27)

Este versículo es nuestra defensa. Los fanáticos usan este versículo para decirnos que no hay necesidad de la Biblia, y que no hay necesidad de tener maestros, porque tenemos el Espíritu Santo. Esto en cierta medida es cierto, porque el Espíritu Santo es el maestro principal. Pero no es de balde que Dios ha puesto en la Iglesia: “*maestros, pastores, y evangelistas,*” cuya función es enseñarnos, pero no independiente del Espíritu Santo. Los hombres que enseñan y el Espíritu Santo que les revela tienen su lugar en el plan de Dios. El hombre está dispuesto a torcer las Escrituras que son para su propio beneficio, y el resultado de esto es que no necesitan de la Biblia por tener al Espíritu Santo. “*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe.*”

Para poder entender verdaderamente la enseñanza, hay que tener la revelación del Espíritu Santo. Uno puede explicar en miles de maneras, pero si el Espíritu Santo no lo revela, no hay convicción y no hay entendimiento. Pero el Espíritu Santo no obra independiente, sino por medio de los instrumentos elegidos por Dios. *“Así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.”* Lo que el Espíritu Santo nos revela por la Palabra y por los instrumentos escogidos es para siempre, y debemos permanecer en esa enseñanza, sin fluctuar, ni cambiar.

“Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.” (2.28)

Habla aquí de la venida del Señor Jesucristo. Nos exhorta a permanecer en él. Permanecer significa, ‘quedáos en comunión feliz.’ Está hablando de la familia entera. En este caso, hijitos o amados hijos, no habla de los hijos chiquitos, sino a toda la familia. Confianza significa ‘franqueza de expresión’ o también, ‘sentirse seguro.’ Nosotros debemos ocuparnos constantemente en mantener siempre la comunión. Es justo por esto que Dios no ha revelado la fecha ni la hora de la venida del Señor Jesucristo, porque conoce nuestra tendencia.

Esperaríamos hasta el último momento para tener todo en orden. Pero no importa cuando venga, si estamos en comunión. Si viene hoy estaremos listos, o si viene mañana, también estaremos listos. No tiene importancia la fecha de cuando vendrá porque estaremos en comunión. No es como dice el legalista: Ojalá que venga hoy, porque hoy estoy preparado, sino debemos mantenernos en esta comunión constantemente día tras día. *“Para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.”* Aunque venga cuando sea, vamos a tener confianza, franqueza, y nos sentiremos seguros.

Hay muchos creyentes que no esperan la venida del Señor y es por esta causa que hay cosas en sus vidas que no están preparadas. La provisión está para arreglar todo hoy, antes de su venida. Si todo no está bien arreglado con nuestro Señor cuando venga, vamos a tener vergüenza. Si la tenemos ahora, ¿qué vamos a hacer cuando venga el Señor? Hay que arreglar ya todas las cosas para que no nos alejemos de él avergonzados. De otra manera, seríamos como una criatura que se porta mal todo el día, y cuando venga su papá se esconde por ahí, porque cuando su papá lo encuentre, él sabe lo que pasará. Así, ahora

Nosotros no tenemos que procurar amarnos unos a otros. Lo que hacemos a veces, por nuestra carnalidad, es procurar no amarnos unos a otros; porque si nos rendimos a la nueva naturaleza vamos a amarnos. Por causa de nuestra propia carne, a veces, no se manifiesta el amor del Señor; es decir, por nuestra carne que no aguanta al hermano fulano, pero si el amor realmente fluye, nunca vamos a pensar así. No hay hermano que no podamos amar, al más carnal le vamos a amar; porque hay hermanos que no son fáciles de amar, pero igual les amamos. Expresamos también nuestro amor a estos hermanos. Es la obra de Dios, no es por nosotros mismos. No hablamos de un afecto o cariño natural; pero sí, el amar unos a otros en el Señor. Si no fuese por el amor del Señor en nosotros, nunca amaríamos a muchos, y esto es una señal de que hemos pasado de la muerte a la vida.

“Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.” (3.15)

¡Qué, manera de hablar! No estamos hablando de simplemente un hecho, sino más bien de un motivo como hábito. No hay amor, entonces el apóstol le llama *“homicida.”* En **Santiago, capítulo tres**, nos dice que podemos ser homicidas por el uso de nuestra lengua, no literalmente, sino por el motivo. A veces uno piensa: ¡Cómo odio a esa persona, ¿por qué no se muera ya? entonces este pensamiento es de homicida, y esto NO es de la nueva vida.

“En esto hemos conocido al amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.” (3.16)

El amor se expresa en hechos, no en palabras. Por eso, no nos decimos cada minuto cuánto nos amamos unos a otros. El legalista hace así, pero si realmente nos amamos unos a otros, vamos a poder sentir ese amor sin decir nada y expresar este amor por nuestra actitud el uno hacia el otro. Habla aquí de un conocimiento progresivo. Así es que vamos conociendo al amor. Como seres humanos no sabemos nada de amar. Decimos: “yo amo a mis padres, a mis tíos, tías, a los vecinos,” y es cierto pero, ¿por qué? Porque ellos nos muestran el amor, y este es el amor que el ser humano conoce. Sí, amamos a los parientes, y amigos que nos rodean, porque ellos nos muestran el amor, pero NO ES EL AMOR DE DIOS. El habla aquí de la expresión mayor de amor.

hermano fueron justas por su misma naturaleza. Vemos la falta de amor por parte de Caín.

“Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece.” (3.13)

Dijo Juan: ¿Entonces no debe ser cosa extraña si así pasa. El apóstol está repitiendo lo que Jesús dijo a sus discípulos en **Juan 15.18 al 23**. Vemos el ejemplo de nuestro Señor que ya había advertido a sus discípulos de antemano. (**versículo 18**) *“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.”* Por supuesto, esto es algo difícil de aceptar para nosotros. Porque queremos que todos nos amen y nos aprecien, pero el mundo, por más que nos salude amablemente en nuestra cara, no tiene aprecio en su corazón. Somos la luz del mundo y esta luz revela el pecado. En estos versículos dice Jesús así.

Juan 15.24 dice, *“Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y me han aborrecido a mí y a mi Padre.”* No es que no tenían pecado, sino las mismas obras de Jesús fueron la luz que manifestó su pecado. Por eso el mundo no nos aprecia. El mundo no aprecia de ninguna manera a Jesucristo porque vino como luz y mostró al mundo su maldad y éstos amaron más sus pecados. ¿Qué más podemos esperar del mundo? Solamente el odio.

“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte.” (3.14)

Juan siempre presenta, especialmente en su Epístola, el tema del amor; de amar como fluyendo, sin esfuerzo propio, de la misma naturaleza del creyente. Es una característica propia de su naturaleza y lo da aquí como un ejemplo, como una señal y dice: sabemos, pero ¿cómo sabemos? Porque nos amamos unos a otros. Es muy extraño cuando realmente pensamos de cuán distintos somos, de distintos grupos, opiniones, ideas, caracteres, nacionalidades, y razas. Lo más increíble es que no tenemos que procurar amarnos unos a otros, pues no es difícil amar a un creyente. No podemos procurar amar a nadie y si lo hacemos no es amor. El amor fluye libremente. Esto aprendemos de **Cantares 2.7**; *“Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, Por los corzos y por las ciervas del campo, Que no despertéis ni hagáis velar al amor, Hasta que quiera.”* La sulamita dice: *“no vaya a despertar al amor.”*

queremos arreglar todo para que cuando él venga podamos ir a su encuentro y abrazarle con felicidad. Hay muchos creyentes que no están esperando con ansiedad la venida del Señor.

“Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él.” (2.29)

La justicia aquí es como un hábito, es la característica del hijo de Dios. Aun el religioso hace justicia, pues hay ciertas fechas que él observa y practica la justicia en esas fechas, pero no es como un hábito, como una característica o costumbre en su vida. Juan lo da aquí como una característica, como un hábito continuo. Esta es otra prueba que el apóstol nos da, de como podemos saber que somos salvos.

~ Capítulo Tres ~

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados Hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.” (3.1)

Dios ciertamente amó al mundo y el amor de Dios se extendió a todo hombre. Esto vemos en **Juan 3.16**. Aquí en su epístola, Juan no está hablando del amor de Dios, sino del amor del Padre. Dios amó a todo el mundo y dio oportunidad a todos; pero su amor como Padre, él muestra solamente a los hijos. El mundo puede conocer el amor de Dios, pero no sabe nada del amor del Padre, y Juan llama nuestra atención a este amor. Está hablando aquí, no de la cantidad o grandeza del amor, sino de la CALIDAD DE AMOR. Dios, como Padre, nos muestra la calidad de su amor. Juan escribe: *“para que seamos llamados hijos de Dios.”* El amor del Padre impresionó mucho a Juan. Éramos antes criaturas de Dios, así fue Adán, pero él cayó en pecado y hubo separación; pero Dios rescató a la humanidad y nos ha dado un lugar superior. No somos simplemente criaturas, sino hijos de Dios.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre,” o *“mirad que calidad de amor con el cual el Padre nos ha colmado.”* o *“con el cual el Padre nos ha prodigado.”* 'Prodigar' significa: 'dar con profusión y abundancia.' Viene de aquí la palabra, pródigo: uno que gasta la plata como si no tuviese fin. Como el hijo pródigo tiraba la plata como si no tuviese fin, el amor de Dios es así, nos ha colmado con su amor con profusión y abundancia.

Somos llamados hijos de Dios. En la mayoría de las versiones se añade una frase no encontrada en la Versión Revisada y tampoco la encontramos en la Versión Antigua; pero sí, en la Versión Moderna y otras versiones. Esa frase es: “Para que seamos llamados hijos de Dios, **y así en efecto lo somos.**” No solamente llamados así, sino realmente somos hijos de Dios, pues no es solamente como un título. Da énfasis que es más que simplemente un título, “*por esto el mundo no nos conoce.*” A nosotros, no se nos reconoce como hijos de Dios, porque no se conoce a nuestro Padre; si lo conociesen a él, también nos conocerían a nosotros.

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” (3.2)

La cosa más hermosa de los escritos de Juan es que son tan simples y directos. Como podemos tener duda cuando él dice así: “*Amados, ahora somos hijos de Dios,*” como diciendo que esta relación nunca va a cambiar, pues si somos hijos ahora, para siempre lo seremos. En lo natural el que es hijo de fulano siempre lo es. Esta relación no cambia, ni ahora, ni por los siglos. Tal vez no entendemos todo lo que significa ser hijo de Dios, pero lo somos igual; “*Y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser.*” Esto no indica que habrá un cambio de relación, porque somos hijos ahora y para siempre; pero todavía no se ha manifestado nuestra calidad de hijo en toda su plenitud. Somos hijos ahora, pero la plenitud de esta relación no se ha manifestado todavía.

“Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.” Romanos 8.19 Pablo aquí habla de la manifestación de los hijos de Dios y de esto también habla Juan en el versículo dos. Somos hijos ahora mismo y andamos así en esta tierra manifestando la vida de Cristo que hay en nosotros, pero ahora mismo no podemos manifestarla en su plenitud. Cuando andamos por la calle, quien sabe que somos hijos de Dios, al mirarnos así no más. Por supuesto, por nuestro comportamiento se dan cuenta; pero esta calidad de hijo que tenemos está tapada (en cuanto a su manifestación), porque andamos todavía en cuerpos de humillación. Tal vez en la cara hay un brillo que es el reflejo de la vida nueva, pero más que esto no, porque llevamos todavía cuerpos de humillación, pero esto tendrá un cambio. La creación misma lo sabrá.

por el sacrificio de Jesús. El vino a destruir. ‘Destruir’ significa: ‘hacer inactivo o inútil.’ En cuanto al diablo mismo, él es inútil o inactivo; en cuanto a sus obras, ellas son demolidas. Para esto vino Jesús, no solamente venció al diablo, sino también deshizo sus obras. Por eso rechazamos toda obra del diablo, porque Jesucristo deshizo sus obras. Tampoco aceptamos sus hechos, porque Jesucristo los hizo inactivos. Esta es la provisión completa y amplia por la obra de Cristo. Recuerde que el diablo es mentiroso y padre de mentira.

“En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (3.10)

Está hablando aún de practicar la justicia como una regla de vida. En vez de, 'hace' podemos poner, 'practica': como un hábito continuo; estas son señales exteriores de una obra interior. El nacido de Dios ama a aquellos a quienes Dios ama, pues es el nuevo hombre que hace esto. Nosotros no nos amamos el uno al otro con amor natural, sino con amor divino. El amor es el cumplimiento de la ley, porque la ley exige amor, pero solamente el nuevo hombre puede amar así. De ese modo se cumple la ley, pero es solamente el nuevo hombre que lo hace, y no es el viejo hombre.

“Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros.” (3.11)

Juan habla de este tema más que cualquier otro de los escritores de la palabra de Dios. Simplemente porque él estaba más cerca del Maestro siempre. Fue impresionado con la gran diferencia entre lo que la ley dice y lo que el Señor Jesucristo mostró. La ley por más que lo exige, nunca produce amor, pues solamente Jesucristo trajo el verdadero amor. Bajo la ley no lo había, por eso Juan da énfasis en amarnos unos a otros. No es tanto el cumplir la ley, sino que el cumplimiento de la ley es el amarnos unos a otros.

“No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano justas.” (3.12)

En esto Caín mostró su naturaleza. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas por su misma naturaleza, y las de su

No es que sólo practican el pecado, ellos solos, no más, sino se gozan con otros que también hacen lo mismo. La diferencia entre el hijo de Dios y el pecador se ve en este versículo. Este versículo nos muestra la manera del hombre, que no es justo. Dice que es su costumbre y se complace con los que practican cosas que son dignas de muerte y del juicio de Dios, pero el hijo de Dios practica la justicia porque “*es justo, como él es justo,*” y por eso, practica la justicia. No es por hacer obras de justicia que somos justos, sino porque somos justos hacemos obras de justicia. La justicia viene por la fe, pero por supuesto, esa fe tiene sus frutos.

“El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.” (3.8)

El diablo está visto aquí como la fuente y origen del pecado. Dice: “*El que practica el pecado es del diablo,*” o sea de su mismo carácter. Nosotros, como hijos de Dios tenemos el mismo carácter de Dios, y el que practica el pecado es del diablo, porque éste no sabe hacer otra cosa más que pecar.

Juan 8.44 dice, “*Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira.*”

Esto es lo que Jesús dice del diablo. Jesús está hablando aquí a gente religiosa; no habla a viles pecadores, ladrones, homicidas y perversos, sino a hombres religiosos. Sin duda Juan hace referencia a esto cuando escribe su Epístola, recordando lo que dijo Jesús: “*el diablo desde el principio es homicida,*” pues este es su carácter.

“Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.” (3.8)

Juan aquí habla de deshacer las obras del diablo; y en **Hebreos 2.14**, el apóstol Pablo toca el mismo tema. “*Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.*”

Pablo aquí habla de destruir al mismo diablo. ‘Deshacer’ significa: ‘soltar, romper o demoler.’ En cuanto de sus obras, así el Señor ha hecho, pues las obras del diablo son demolidas, derribadas

Manifestación significa: quitar la tapa, revelar o hacer desnudo. Ahora los santos están envueltos en el común papel marrón de la carne, lo cual es un vaso de barro con apariencia física como cualquiera. Pero Dios quitará el papel marrón y nos dará cuerpo glorificado y sus hijos serán revelados. Entonces nuestra calidad de hijo será revelada a todo el mundo. Aun hoy está esa manifestación pero es muy limitada. El mundo todavía no sabe lo que es un 'hijo de Dios' en su plenitud, pero un día lo verá en todo su poder, en toda su hermosura y en toda su gloria.

Gloria: ésta el hombre no ve ahora, pero más adelante esta gloria se va a revelar. Podemos declarar que somos hijos de Dios, pero la manifestación plena de nuestra calidad no está vista todavía.

“...Pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” (3.2)

Este versículo habla de la venida del Señor Jesucristo. Dice: “*seremos semejantes a él,*” pues el hombre llega a ser semejante a quien él adora. “*Semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos,*” dice el salmista en **Salmo 115.8**, hablando acerca de los ídolos, de la idolatría y la adoración de los ídolos. El ídólatra llega a ser semejante a su ídolo. Lo mismo en cuanto a nosotros. A quien adoramos, llegamos a ser semejantes.

En el **versículo dos**, se habla de una transformación instantánea. Esta transformación ya está en camino, como nos dice el apóstol Pablo en **2ª Corintios 3.18**: “*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta, como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.*” Somos cambiados de gloria en gloria, y nuestra semejanza allí en la gloria será según nuestra fe y apropiación ahora. La semejanza del versículo dos se relaciona con lo que vemos, y no todos los creyentes tienen la misma visión. Todos seremos transformados, pero algunos tendrán más semejanza a Cristo que otros y esto depende de nuestra fe ahora. Algunos estarán más cerca y le verán mejor, y otros más lejos y no le verán tan claramente. Estamos en preparación para todas estas cosas ahora.

“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.” (3.3)

La esperanza de la venida de Jesucristo es una esperanza purificadora. La esperanza está dentro de uno mismo, o sea, en nuestro

ser; pero la esperanza es sobre Cristo. La Versión Moderna dice: “Y todo aquel que tiene esta esperanza puesta en él,” que habla de poner, colocar, o fijar la esperanza sobre él. Él mismo es esta esperanza, pero también está dentro de nosotros.

“Se purifica a sí mismo,” nos habla de resistir toda influencia contraria, y esto como un hábito. Es “así como él es puro.” Jesús es siempre el modelo y la norma. El creyente se purifica a sí mismo así como Cristo es puro, pues toma a Cristo como modelo, como ejemplo de pureza y se purifica a sí mismo constante y conscientemente. El remedio para la carnalidad y la mundanalidad es la venida de Cristo. No andamos como hombres ni participamos del mundo porque de pronto viene el Señor Jesucristo y esta es una esperanza que nos purifica. Vimos en el **capítulo 2.28**, “Para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados,” porque no queremos tener vergüenza cuando él venga, sino queremos tener confianza.

“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.” (3.4)

La palabra ‘infringir’ significa: ‘no hacer caso de una cosa,’ y aquí especialmente de la ley. Dice que el no hacer caso a la ley es pecado, pero NO ES UNA DEFINICIÓN DEL PECADO.

Romanos 5.12, 13 dicen: “Por tanto como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley no se inculpa de pecado.”

Aquí el apóstol nos dice claramente que había pecado antes de la ley; el pecado entró por un hombre cuando no había ley todavía. No podemos usar este versículo cuatro para la definición del pecado. Porque, ¿qué del tiempo antes de la ley? El pecado es simplemente ‘no sujetarse a la voluntad de Dios.’ Por los escritos de Pablo sabemos que la ley fue dada para el conocimiento del pecado. El pecado es más que infracción de la ley. Yendo por nuestra propia voluntad es pecado, pues así pasó en el principio cuando había un solo mandamiento y el hombre anduvo en su propia voluntad. Dice: “Todo aquel que comete pecado,” o ‘practica pecado.’ Hay varios versículos que nos hablan de la costumbre de practicar el pecado como regla de vida.

“Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.” (3.5)

En él no hay pecado; sobre él, sí, había pecado; pero en él ¡NO! Por esto, él pudo llevar nuestros pecados. Por la simple e importante razón de que en él no había pecado. *Hebreos 9.26* “De otra manera le hubiere sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.”

Como dice Juan aquí: “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados.” Pablo dice que él apareció una sola vez y para siempre para quitar de en medio el pecado. Vemos varias declaraciones tocante al pecado en relación con el Señor Jesucristo. Juan dice: “y no hay pecado en él.” **1ª Pedro 2.22** declara, hablando de Jesús, “el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca.” Pedro dice que él no hizo pecado. **2ª Corintios 5.21** declara: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” Pablo dice que él no conoció pecado.

“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” (3.6)

El pensamiento aquí es aún el hábito de pecar, no está hablando simplemente de un hecho de pecado. “Todo aquel que permanece en él, no peca,” o no practica el pecado; no es su regla de vida. Los legalistas usan estos versículos para probar el punto de vista de poder perder la salvación, y si por ahí, alguno cae en pecado, no es más hijo de Dios según tal doctrina.

“Hijos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo.” (3.7)

Seguimos en estos versículos la regla de vida de practicar la justicia. No habla de ser justo, sino más bien, habla del fruto de esa justicia. Esta justicia es como un hábito o regla de vida. Dice: “el que hace justicia es justo, como él es justo,” o sea es justo como Jesús mismo es justo. Vimos antes en el versículo tres, “se purifica a sí mismo, así como él es puro,” y aquí Juan toma la misma fórmula hablando de aquél que es justo. Vemos siempre a Cristo como el único modelo, pues su pureza y su justicia son nuestras.

Note **Romanos 1.3 2**, “quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican.”